

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

LOS INVASORES INVADIDOS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

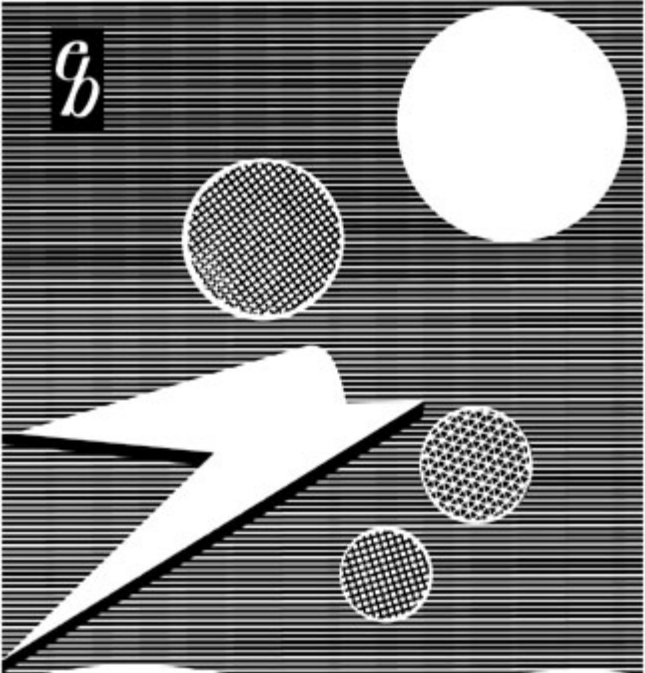
LOS INVASORES INVADIDOS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



cb



A stylized graphic illustration. The background is a dark rectangle filled with horizontal white lines. In the upper right corner is a large white circle. To its left is a smaller circle filled with a cross-hatch pattern. Below these are two more circles, one with a cross-hatch pattern and one with a star pattern. A large white arrow, representing a rocket, points upwards and to the right, with a black outline. The entire graphic is set against the horizontal-lined background.

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

LOS INVASORES INVADIDOS

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
112**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal: B 35.084-1972

Impreso en España – Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1972

© **GLENN PARRISH** – 1972

texto

© **ANTONIO BERNAL** – 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —Puerta a otro mundo, *Glenn Parrish*.
2. —Miedo en la galaxia, *Curtis Garland*.
3. —Mercaderes del espacio, *A. Thorkent*.
4. —Viaje al infinito, *Marcus Sidéreo*.
5. —No hay planeta como mi planeta, *Curtis Garland*.

CAPÍTULO PRIMERO

A Rick Miller le hubiera gustado poder detener la perforadora de cuando en cuando para secarse con la manga el sudor de la frente. Sí podía parar la perforadora, pero no secarse el sudor con la manga de su traje de astronauta. Simplemente, el casco lo impedía.

Claro que el traje de vacío llevaba un conveniente sistema de aireación y que el sudor se evaporaba en seguida, sin apenas molestias para el astronauta. Pero era el gesto lo que le hubiera gustado hacer, como una especie de alivio para la tensión que sentía en aquellos momentos.

Rick presentía que estaba llegando al término de largos meses de trabajo. Confiaba en el éxito, pero si no sucedía así, tendría que dedicarse a otro oficio. De un modo metafórico, por supuesto, pegaría una patada al asteroide en el que se hallaba y se largaría con la música de su fracaso a otra parte.

El trépano de su perforadora mordió una roca como si hubiera sido simple mantequilla. Algo brilló en la penumbra que, en aquellos momentos, reinaba en el asteroide R-Q-19, demarcado y de propiedad de Rick durante veinticuatro meses.

Pasados los dos años, el RO R-Q-19 volvería al dominio público. A Rick le había costado una larga temporada prepararlo todo antes de iniciar la prospección mineralógica del asteroide. Y, buscando, buscando, llevaba ya veintidós meses, sin que sus esfuerzos hubieran dado resultado hasta el momento.

Pero una de las virtudes principales de Rick era el optimismo. Nunca se daba por derrotado, hasta que se convencía materialmente de que no podía seguir adelante en su empeño. Y, aunque hasta ahora no había encontrado nada, todavía disponía de un par de meses de plazo, antes de que la Comisión Mineralógica del Espacio recuperase de nuevo la plena propiedad del asteroide.

Sí, algo brillaba en el fondo del hoyo que Rick había hecho con el trépano. Y los ojos del joven brillaron también. Le parecía que estaba llegando al término de su denodado empeño.

Si triunfaba, podría presentar muestras ante la C.M.E. y, en tal caso, solicitar una prórroga de doce meses más para la explotación del

mineral que buscaba con tanto ahínco. Y, en tal caso, la fortuna se había puesto de su parte.

Movió la perforadora y arrancó un pedrusco de unos dos decímetros cúbicos de volumen. Paró la máquina, se inclinó y tomó la muestra de mineral con ambas manos.

Aquellos dos decímetros cúbicos, que en la Tierra y suponiendo fuesen de agua, pesarían dos kilos, y dieciséis o diecisiete, caso de ser de roca común, allí pesaban veintidós kilos. El dato era muy notable, puesto que el R-Q-19 era muy pequeño y su gravedad apenas dos centésimas de la normal terrestre.

Lo cual probaba sus asertos. La extraordinaria densidad de la muestra mineral que tenía en las manos era la palpable corroboración de sus ensueños, largamente acariciados durante meses inacabables.

—*Staurum* —murmuró, arrobado—. *Staurum* de mi corazón...

Y así como antes no había podido secarse el sudor de la frente con la manga del traje, ahora tampoco pudo dar un beso a la piedra como habría sido su más vehemente deseo.

El corazón le latía apresuradamente. Rick procuró tranquilizarse.

—Antes de continuar —se dijo—, convendría que me tomase un descanso. Estoy solo en el asteroide y nadie me persigue, así que...

Rick no pudo continuar su soliloquio. El espectáculo de una astronave que descendía lentamente para posarse a diez o doce metros de distancia le hizo olvidarse momentáneamente de su hallazgo.

* * *

Había sobradas razones para que Rick se quedase estupefacto de asombro, porque la astronave no correspondía con ninguno de los tipos que él conocía. Parecía uno de los clásicos platillos volantes, descritos tantas veces en novelas e historietas gráficas, sólo que de forma un poco más alargada y con una protuberancia plana en forma de timón hacia la cola. El tren de aterrizaje consistía en cuatro patas muy cortas y, en los costados, llevaba pintados unos extraños signos que Rick no se sintió capaz de identificar.

—¿Una nave extraterrestre? —se preguntó. ·

De pronto, una luz brilló en uno de los costados de la nave. Rick comprendió que sus tripulantes acababan de abrir una escotilla.

La forma rectangular del trozo iluminado le permitió ver una esbelta silueta que le hacía señas con una mano. Estaba llamándole, pensó Rick.

Un poco receloso, se acercó a la nave. La escalerilla de acceso se había desplegado automáticamente y Rick subió poco a poco los doce peldaños de que constaba.

Atravesó la compuerta exterior. Entonces se dio cuenta de que la joven se hallaba al otro lado de un mamparo completamente transparente.

Ella sonreía de un modo encantador. Parecía bastante alta y poseía una silueta escultural. Tenía el pelo y los ojos intensamente negros, y vestía una especie de mono de tela muy suave, con raros y agradables dibujos, que Rick supuso estampados sobre el tejido. El traje era escotado hasta la cintura, ceñida por una tira de tela de color rojo oscuro, con una gran hebilla metálica, de unos doce centímetros de largo, por siete de ancho y dos de grueso.

Pero lo que más chocó a Rick fue el grueso brillante, de refulgentes destellos, que ella parecía tener incrustado en la frente, entre las cejas de perfecto trazado y a un centímetro sobre el centro de las mismas. Un capricho decorativo, pensó.

Otra de las cosas que más le agradaron fue la dulce expresión de la muchacha. A Rick le pareció que aquella belleza no podía tener intenciones hostiles de ninguna manera.

Ella tocó de pronto un botón. Detrás de Rick se cerró una compuerta. El joven se alarmó en el primer instante. Ella le hizo signos de que se tranquilizase. Rick comprendió que le decía que estaba llenando de aire la compuerta.

A los pocos momentos, el mamparo transparente se deslizó a un lado. Entonces, Rick se quitó el casco y los guantes del traje espacial.

—Hola, ¿cómo está usted? —saludó la muchacha con su voz más seductora—. Me llamo Thesia zur-Urun y me he detenido para solicitar de usted un señalado favor.

—Si está en mis manos, señorita —contestó él—. Mi nombre es

Rick Miller, aunque la gente, para abreviar, me llama Rick.

—Encantada, Rick —dijo Thesia, tendiéndole la mano, que Rick estrechó con no disimulado placer—. Dígame, ¿voy bien por aquí para ir a la Tierra?

* * *

Rick se quedó parado en el primer momento.

«¡Increíble!», pensó.

Thesia le preguntaba si iba bien por aquel camino para ir a la Tierra, como el excursionista perdido preguntaba a cualquier campesino por el sendero más adecuado para volver a un camino general.

—¿No me ha entendido? —dijo Thesia, con expresión consternada.

—Oh, sí, sí, señorita... Claro que la he entendido. A la perfección, puedo asegurárselo. De modo que va usted a la Tierra.

—Así es, Rick —confirmó ella con la mejor de sus sonrisas.

—Bueno... —el joven se acarició la mandíbula—. La verdad, para señalarle el camino sin posibilidad de error, yo necesitaría... ¿No tiene alguna brújula o algo parecido en su cabina de mando?

—Por supuesto. Sígame, Rick.

Thesia dio media vuelta y echó a andar hacia una cómoda escalera de caracol que conducía a una cubierta superior. Pasmado de asombro, Rick observó la amplitud de los interiores de la nave, en la que no había el menor agobio de espacio.

«Lo mismo que en la mía, donde si muevo una mano, no puedo mover la otra», se dijo, no sin un lógico sentimiento de envidia.

Thesia le condujo a una anchurosa cabina de mando, en la que había un par de cómodos sillones. Los aparatos que había allí resultaron desconocidos para el joven, pero también le parecieron de una simplicidad extraordinaria, no obstante su aspecto de total eficacia.

Ello le confirmó en su idea de que se hallaba en el interior de una nave extraterrestre. Probablemente, era el primer nacido en la Tierra a quien le sucedía una cosa semejante.

Thesia le señaló un círculo graduado, con una aguja y una línea de color oscuro que lo atravesaba de lado a lado por el centro.

—La línea coincide con el eje longitudinal de la nave —explicó—. La aguja señala el rumbo que yo seguía hasta el momento. Es decir, el rumbo en el plano vertical; aquí al lado, hay otro aparato similar horizontal.

—Es suficiente con éste, señorita —dijo Rick. Miró un instante a través de los amplios ventanales de la proa y luego continuó—: Siga recto dos grados a estribor... a la derecha quiero decir, y un grado bajo el plano horizontal. Así encontrará usted la Tierra, pero, si quiere más detalles...

—Son suficientes —cortó Thesia, agradecido—. Creo que ya no me perderé, Rick.

—Lo celebro mucho, señorita —sonrió él.

—¿Señorita? ¿Qué quiere decir eso, Rick?

—Es sólo un tratamiento —contestó—. Claro que yo me imagino que usted es soltera... Bueno, que no está casada.

—No, no estoy casada —declaró Thesia—. Pero llámeme por mi nombre; es más cómodo.

—Gracias, a su gusto. De modo que a la Tierra, ¿eh?

—Sí, Rick. Detecté su presencia sobre este cuerpo celeste y como no estaba muy segura de mi ruta, decidí detenerme unos momentos para preguntarle a usted. Créame, le estoy muy agradecida por las valiosas indicaciones que me ha facilitado.

—Ha sido un placer, Thesia —contestó él, inclinándose—. Y ahora, si no le importa, ¿puede decirme los motivos que le llevan a la Tierra?

—Oh, sí, no hay inconveniente alguno. Voy a invadir.

Rick puso cara de idiota. Thesia le miró extrañada.

—¿He dicho algo inconveniente, Rick? —preguntó.

El joven se pasó una mano por la cara.

—De modo que va a invadir la Tierra —repitió.

—Sí, Rick.

—¿Usted sola?

—Por ahora, sí.

—Ya, ya, invadir, hoy día, con los medios de que se disponen, es muy sencillo. Bueno, Thesia, he tenido un gran placer en conocerla, pero ahora debo volver al trabajo.

—Es lógico, Rick. Gracias por todo. Me gustaría encontrarme con usted algún día.

—Yo tardaré todavía cierto tiempo en volver a la Tierra, pero también me gustaría verla, Thesia.

El joven se puso los guantes espaciales y luego se dirigió hacia la esclusa. Antes de ponerse el casco, se despidió de la muchacha:

—¡Que usted invada bien!

La nave de Thesia se elevó a los pocos minutos. Rick, un tanto aturrido, no sólo por el hallazgo de *staurum*, sino por el extraordinario incidente del que había sido protagonista, decidió regresar a su astronave, donde tenía su alojamiento.

Le estaba haciendo falta una ducha. Al terminar, perdió pie, cayó y se golpeó la cabeza contra un saliente, perdiendo el conocimiento en el acto.

Despertó unos minutos más tarde, sin otro daño que un buen chichón. Entonces se acordó de Thesia.

—Lo he soñado mientras estaba sin sentido —se dijo—. ¡Invadir la Tierra! —bufó—. Esas cosas sólo ocurren en sueños.

Y, sin más, y muy contento por su descubrimiento del mineral, se olvidó inmediatamente de Thesia y de sus planes de «invasión» del planeta.

CAPÍTULO II

Cuatro meses más tarde, Rick Miller se hallaba de nuevo en la Tierra, aunque sólo de modo accidental.

Los motivos de su viaje al planeta eran dos: adquirir nuevo material y disfrutarse de unas que serían cortas, aunque no inmerecidas vacaciones. El espacio era hermoso, pero después de dos largos años de permanencia fuera del planeta, el suelo de la Tierra, aunque se tratase del asfalto de las calles, cobraba un encanto singular.

Aquella mañana, Rick había estado realizando varias gestiones encaminadas a conseguir una más eficaz explotación de su veta de *staurum*. Empezaba ya a pensar en las diversiones de la tarde y de la noche cuando, de pronto, se encontró con un viejo conocido, Kent Calloway, compañero de estudios en tiempos.

Hacía años que no se veían y los dos amigos decidieron tomarse unas copas para celebrar el encuentro. Después de unos minutos de charla, Calloway preguntó a Rick por el éxito o fracaso de sus explotaciones mineralógicas.

—No puedo quejarme, Kent —respondió Rick—. He dado con una buena veta de *staurum* y la C.E.M. me ha prorrogado la propiedad del asteroide por otro año. Es decir, me quedan ya sólo diez meses, pero con seis y la perforadora gigante que pienso comprar, tendré suficiente.

—Eres un tío con suerte —exclamó Calloway, admirado—. Una veta de *staurum*, ahí es nada. ¿Te has traído mucho mineral a la Tierra?

—Psé, lo justo para sacar los gastos. Tengo que comprar una nave nueva, más grande y, además, la perforadora. Ten en cuenta que usaba una manual, de poca capacidad. Necesito una máquina veinte veces más potente, Kent.

—Todo eso te costará dinero, Rick. Claro que puedes vender la astronave vieja, con lo que reducirás los gastos. Pero, ¿por qué no recurres al Banco Minero y Espacial? Te adelantarían el dinero con grandes facilidades...

—A cambio de la mitad de mis ganancias. No gracias, Kent; conozco a esa gente y sé que, a pesar de sus buenas palabras, se portan como buitres con el infeliz que confía en ellos. Traje cosa de doscientos kilos de *staurum* y con eso tengo más que suficiente para realizar la explotación en gran escala.

—Solo, por supuesto —dijo Calloway.

—No me hace falta nadie más —sonrió Rick—. Tú te has casado, supongo —desvió el tema hábilmente.

—Y voy ya por el tercero —suspiró Calloway—. Pero estoy muy contento. Tengo un buen empleo y... Bien, ¿cuándo vienes a cenar a casa y a conocer a la familia?

—Todavía estaré en la Tierra cuatro o cinco semanas. Ya te llamaré cualquier día, Kent.

Los dos amigos se separaron. Calloway tenía que volver a completar su jornada de trabajo. Rick no tenía gran cosa que hacer ya durante el día y anduvo un rato al azar, mientras trataba de buscar un plan que le permitiese divertirse a la noche.

De pronto vio venir andando hacia él a una hermosa muchacha.

Rick se detuvo en el acto. Parpadeó.

—¿Lo soñé? ¿No soñé? —deshojó la margarita de su indecisión.

La chica le vio y se detuvo frente a él. Una radiante sonrisa apareció en sus labios.

—Hola, Rick —saludó.

—Hola, invasora —contestó el joven.

* * *

El aspecto de Thesia había cambiado muy poco, salvo que su peinado, quizá por sofisticado, era más «terrestre», observó Rick. Le faltaba aquel cinturón con la hebilla dorada, pero seguía llevando el brillante en medio de la frente.

El traje, idéntico al que ya había visto en una ocasión, tenía ahora los dibujos de color rojo intenso, con alternativas doradas. El conjunto resultaba fascinador.

—No sabe cuánto me alegro de verle, Rick —manifestó ella, a renglón seguido—. Lo creará o no, pero le he buscado durante bastante tiempo.

—No diga eso, Thesia, o me dará un ataque cardíaco —rió el joven—. Y, dígame, ¿qué tal va la invasión?

—No he hecho muchos progresos que digamos —se lamentó Thesia—. Este planeta no parece el más adecuado para una invasión fructífera.

—Ya, sobre todo, cuando se trata de una invasión llevada a cabo por una sola persona —dijo Rick con sorna.

Thesia le dirigió una mirada de reproche.

—Rick, parece que usted me toma a broma —dijo.

De pronto, Rick la agarró por un brazo.

—Vamos a tomar algo; no podemos seguir hablando, en medio de la calle —propuso.

Entraron en un bar próximo y pidieron café. Esperaron a que les sirvieran y, entonces, Rick dijo:

—Hablemos ahora en serio, Thesia. ¿De dónde procede usted?

—De Qunuus, sexto planeta del Sistema Aar... No sé cómo se llamará su estrella en su idioma, pero la diligencia es de unos ochocientos años luz.

Rick se mareó.

—Ochocientos años luz —repitió.

—Así es, aunque nuestras naves son capaces de recorrer esa distancia en pocos días. Pero usted sigue sin creerme, ¿no es cierto?

—Me parece que tendré que pedir una copa de coñac —dijo Rick con voz insegura—. A pesar de todo, ¿por qué envían a una mujer sola a invadir la Tierra?

—Bueno, sería largo de explicar...

Thesia se interrumpió de pronto. Rick se dio cuenta de que tenía la vista fija en uno de los ventanales del local, a través del cual se veía una buena panorámica de la calle.

La chica se tapó la cara con una mano. Rick se alarmó.

—Thesia, ¿a quién teme? —preguntó.

—Cuidado. Fahjor zur-Queddon está ahí. No quiero que me vea, aunque mucho temo que me haya detectado —contestó ella.

Rick sentía que su perplejidad iba en aumento a cada segundo que transcurría.

—¿Quién es ese Fahjor, Thesia? —preguntó.

—El más feroz sabueso de los agentes de contrainvasión —contestó ella—. Si me ve, me matará sin piedad.

Sobresaltado, Rick miró hacia la calle, aunque sin conseguir ver nada sospechoso entre los transeúntes que circulaban por delante del local. Pero Thesia parecía hablar en serio y decidió hacer algo para ayudarla.

—Venga conmigo —dijo llanamente.

Puso unas monedas sobre la mesa y se levantó. Thesia le siguió sin rechistar.

Rick la condujo hacia los lavabos.

—Hay ventanas que dan a un callejón trasero —indicó—. Simule que entra a lavarse las manos. Salga dentro de cinco minutos; yo estaré aguardándola.

Ella le miró agradecida.

—Sí, Rick —dijo.

El joven volvió sobre sus pasos. Salió a la calle, dio la vuelta y aguardó a Thesia.

Esperó mucho tiempo, demasiado. De nuevo empezó a creer que Thesia no existía sino en su imaginación.

Habían transcurrido algunos días. De Thesia no había el menor rastro. Rick empezaba ya a despreocuparse de la muchacha.

—No sé si será de ese planeta situado a ochocientos años luz, pero de lo que sí estoy seguro es de que ella es una lunática —comentó, mientras, en su departamento, echaba cuentas de los gastos realizados hasta entonces.

De pronto, llamaron a la puerta.

Rick dejó la pluma a un lado y se levantó a abrir. Un hombre alto y de aspecto distinguido apareció ante sus ojos.

—Señor Miller, supongo —dijo el desconocido.

—Así me llamo —confirmó Rick—. ¿En qué puedo servirle, caballero?

—Mi nombre es Morton Buckeridge. Deseo hablar con usted unos minutos acerca de un tema muy interesante para ambos.

Rick se echó a un lado.

—Espero que no venga a venderme una lavadora o un frigorífico, supongo —dijo de buen humor.

—Oh, nada de eso —contestó Buckeridge una vez hubo franqueado la puerta—. Yo sólo he venido a venderle tranquilidad.

Rick miró de hito en hito al visitante.

—Las drogas me repugnan —dijo sin rodeos.

—Mis drogas son morales, señor Miller. Cuando usted me haya escuchado, sentirá una tranquilidad y una paz como no las ha conocido jamás.

—Es posible, pero, ¿por qué no habla de una vez, señor Buckeridge?

Impasible, el visitante, metió la mano dentro de su blusa-chaqueta, sacó una billetera y extrajo de la misma un rectángulo de papel alargado, que puso en manos de Rick.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven, extrañado.

—Lea, por favor —rogó Buckeridge con su tono más afable.

Rick obedeció de modo maquinal. Una exclamación de

asombro brotó de sus labios al leer la cifra escrita en el cheque.

—¡Diez millones de...!

—Exactamente —corroboró el visitante con su mejor sonrisa—. Ni un penique menos.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Rick, atónito—. ¿Qué tengo yo que pueda valer diez millones, señor Buckeridge?

—Un yacimiento de *staurum*, señor Miller.

Hubo un momento de silencio. Luego, muy despacio, tratando de dar a su gesto un significado inequívoco, Rick partió el cheque en cuatro trozos y los puso en uno de los bolsillos del traje de su visitante.

—Muchas gracias, señor Buckeridge —dijo—. He tenido un gran disgusto en conocerle.

Y, avanzando con paso rápido, abriólapuertay se echó a un lado.

—Adiós, amigo mío —indicó.

Buckeridge se acercó a la puerta. Volvió la cabeza un momento y miró al joven.

—Es una lástima que no haya queridoaceptar,señor Miller —dijo.

—Cuestión de opiniones —respondió Rick, impasible.

—Tendrá noticias mías. Quizá lamente luego su actitud.

El tono de Buckeridge era claramente amenazador.

—Estoy conteniéndome para no echarle de mi casa a puntapiés —dijo Rick—. Pero lo haré si no desaparece de mi vista inmediatamente.

Buckeridge ya no dijo más. Cruzó el umbral y Rick cerró la puerta.

—¡Habrased visto desvergüenza! —masculló, al quedarse solo—. Diez millones por algo que, como mínimo, vale diez, quince o veinte veces más.

Yluego, tratando de olvidar la visita recibida, se concentró de

nuevo en sus cálculos. Tenía que afinar los gastos, si no quería quedarse inopinadamente sin dinero, lo que le llevaría de modo irremisible a lo que él llamaba garras de los buitres del Banco Minero y Espacial.

Yno quería que nadie compartiese con él su yacimiento de *staurum*.

CAPÍTULO III

Las cuentas habían salido bien.

Rick se sentía satisfecho. Podía pagar todos sus gastos y, además de la nueva astronave y de la perforadora gigante, compraría sin dificultad las provisiones y el combustible que necesitaba.

Pasaría seis u ocho meses solo en el R-Q-19, trabajando a tope. Después...

—La fortuna me abrirá sus brazos —se dijo, a la vez que daba una zapateta para expresar el contento que sentía.

Luego pensó en premiarse con una copa. Pero no tuvo tiempo siquiera de destapar la botella.

De nuevo llamaron a la puerta. Repentinamente malhumorado, Rick se dirigió a abrir.

Dos sujetos de gran corpulencia aparecieron ante sus ojos. Uno de ellos le dirigió una amable sonrisa.

—Usted es Rick Miller —dijo.

—Sí. ¿De qué se trata? —preguntó el joven.

—Yo me llamo Karl Schurdd —se presentó el visitante—, Mi amigo es Benny Dorado.

—Tanto gusto, caballeros. ¿Qué desean?

Schurdd avanzó un paso, y Rick se vio obligado a retroceder.

—Tenemos algo para usted —dijo—. ¿Benny?

—Sí, Karl —contestó Dorado, a la vez que sacaba un papel del bolsillo—. Lea, señor Miller —indicó al entregárselo.

La vista del joven se paseó por los renglones escritos en el documento. Un rugido de rabia se escapó de sus labios al conocer su contenido.

—Pero, ¿es que me han tomado por tonto? —gritó—. ¿Cómo se les ha ocurrido siquiera por un momento que yo iba a firmar

semejante estupidez?

Los visitantes no se inmutaron.

—Lo siento, pero firmará —dijo Schurdd.

Dorado sacó una pistola.

—No se mueva, Miller —amenazó.

Rick se quedó atónito. Ya no le cabía duda de que las pocas veladas amenazas de Buckeridge iban a llevarse a la práctica.

Schurdd metió la mano derecha en su bolsillo y sacó otra pistola, de forma un tanto distinta a la que su compinche sostenía encarada al cuerpo de Dorado.

—Es una pistola de inyecciones —explicó amablemente—. Vamos a propinarle un narcótico. Obedecerá nuestras órdenes y firmará el documento. El estado de narcosis durará unos minutos tan sólo. Cuando despierte, se encontrará con un cheque de diez millones. Nosotros, naturalmente, nos llevaremos el contrato de venta debidamente firmado por el propietario del asteroide R-Q-19.

—A favor de un granuja, llamado Buckeridge —bramó Rick.

—Los desahogos verbales son lícitos en determinadas circunstancias —sonrió Schurdd—. Benny, procura que el señor Miller no se mueva mientras le aplico la inyección.

—Descuida, hermano —contestó Dorado plácidamente.

Schurdd se acercó a Rick. El joven, cuyos ojos llameaban de furor, retrocedió un par de pasos.

—¡No me toque! —gritó descompuestamente.

Schurdd frunció el ceño.

—Si no se está quieto, Benny le dará un golpe en la cabeza —amenazó—. El resultado será el mismo, ¿comprende?

—Yo creo que nadie va a golpear al señor Miller —sonó de repente una voz femenina, de timbre argentino.

La sorpresa de los dos intrusos fue total. Rick, por su parte, lanzó un grito de júbilo:

—¡Thesia!

La chica sonrió.

—Parece que he llegado en buen momento —dijo.

Thesia empuñaba con la mano derecha una rara pistola que, según dedujo Rick, debía de haber llevado guardada en el bolso que pendía de su hombro izquierdo. Los visitantes empezaron a reaccionar.

—Miller, ¿quién es esa muchacha? —preguntó Dorado.

—Su Alteza la princesa Thesia zur-Urun, de Qunuus —respondió el joven, altisonantemente.

—¡Atiza, una princesa! —exclamó Schurdd.

Dorado lanzó un bufido.

—Princesa o no, la voy a...

El sujeto no pudo continuar. Un rayo de luz partió de la pistola de Thesia y la que él sostenía en la mano, se convirtió en polvo.

La de Schurdd se evaporó un segundo más tarde. Los dos sujetos se asustaron terriblemente.

—He disparado al mínimo de energía —dijo Thesia con acento placentero—. Pero si gradúo mi pistola al máximo, ustedes también se convertirán en polvo.

Fue suficiente. Aterrados, Schurdd y Dorado echaron a correr y desaparecieron en el acto.

Thesia lanzó una alegre carcajada.

—Se van muertos de miedo —dijo—. Creo que he llegado a tiempo, ¿verdad, Rick?

El joven se acercó con paso inseguro al aparador donde tenía las botellas.

—Necesito una copa —dijo.

Se bebió dos. Al terminar, miró a la muchacha, que le contemplaba con gran simpatía.

—Has llegado muy a tiempo..., pero el otro día te esperé en vano más de una hora —la reprochó.

—Lo siento. Fahjor estaba demasiado cerca y tuve que invisibilizarme. Pero aun así no estoy segura de que no me haya seguido —contestó ella.

—Se invisibilizó —gimió Rick—. A mí me va a dar algo... .

—Tranquilízate, Rick —suplicó la muchacha—. No te extrañes por lo que haga, pero necesito que me ayudes.

—¿A invadir la Tierra?

—Bueno —remoloneó ella—, a decir verdad, a eso vine.

—Sí, ya recuerdo, eres una invasora. Pero, ¿qué es lo que puedo hacer yo para ayudarte?

—Verás, Rick...

—Espera un momento —la interrumpió él—. ¿Dónde tienes tu nave?

—Arriba, en el espacio, invisible e indetectable.

—Ah, comprendo. Pero si la necesitas, ¿cómo la harás aterrizar?

—Usaré el sistema de control remoto telepático —contestó Thesia.

Rick se sirvió otro trago.

—Acabaré volviéndome loco —dijo en tono quejumbroso—. Un sistema que gobierna a las astronaves por medio de ondas emitidas por el cerebro.

—Exactamente, así es —confirmó ella con graciosa sonrisa.

—Y me pides a mí, un pobre y salvaje terrestre, que te ayude. Inconcebible, Thesia.

—¿Por qué no? Tú eres nativo de este planeta, lo conoces mejor que nadie... me refiero a nosotros, los de Qunuus. Por tanto, no representa humillación alguna para mí que me ayudes.

—A invadir el planeta.

—Y a combatir a Fahjor.

—Ah, sí, ya recuerdo, el más terrible sabueso de la contrainvasión. Y, ¿qué debo hacer yo? ¿Retarle a un duelo?

—Rick —dijo Thesia muy seria—, a veces pareces tomarte a broma las cosas que yo te digo. Y no son broma, créeme.

—Bueno, bueno, admito tu sinceridad. Pero aun no me has dicho cuál es tu problema con el tal Fahjor.

—Es bien sencillo: necesito que le desposeas de su detector. De este modo, podré desenvolverme libremente por el planeta.

—Le quito el detector... ¿Es que te localiza con ese aparato?

—Sí, Rick.

El joven meneó la cabeza.

—No comprendo cómo puede suceder tal cosa —dijo.

Thesia se tocó la frente.

—Mira esta gema —dijo—. Es el multiplicador de ondas cerebrales. Sin él, yo no podría utilizar el control remoto de mi nave.

—Ya entiendo. Pero con quitártelo...

—No puede ser, Rick, al menos, en tu planeta y por los medios quirúrgicos de que aquí se disponen. Yo podría morir en tal caso, ¿comprendes?

—Sí, y también creo entender que ese brillante es el que registra Fahjor con su detector.

Thesia sonrió.

—Exactamente, Rick —confirmó.

—De modo que yo tengo que robárselo, lo cual le permitirá desenvolverte libremente como invasora.

—Sí, Rick.

—Muy bien, pero ahora, dime, ¿por qué no quiere Fahjor que tú invadas la Tierra?

—Es muy sencillo, porque no quiere competidores.

—Oh, oh —murmuró él, haciendo un gesto ambiguo—. ¿Hay aquí algo que valga la pena para un invasor?

—Sí, el metal más precioso de la Galaxia, el metal que mueve los generadores de nuestras naves, con unos pocos gramos del cual, hay suficiente para la ida y vuelta de Qunuus a tu planeta o viceversa.

—¡Caramba, y nosotros sin enterarnos! —exclamó Rick con sorna—. ¿Cómo se llama ese mineral?

—Pues... no sé qué nombre le dais en vuestro idioma. Yo ahora lo hablo muy bien, aunque todavía no he logrado captar muchos matices. Ya no uso la fonotraductora automática, ¿sabes?

Rick se fijó en la delgada cintura de la joven.

—Era aquella hebilla, ¿verdad? —adivinó.

—Sí, Rick.

El joven dudó unos instantes, mientras se frotaba la mandíbula.

—De acuerdo, vamos a ver si le «soplamos» el detector a Fahjor —accedió al cabo—. Pero, me imagino, sabrás dónde vive.

—Por supuesto, Rick.

—Y, es de suponer, habrá adoptado un aspecto enteramente terrestre, como tú. Salvando las consiguientes diferencias anatómicas, claro.

Thesia se ruborizó.

—No somos iguales, en efecto —convino.

Rick la miró de pies a cabeza y luego dijo:

—Serás una invasora, pero en todo caso, la más bonita que he conocido, Thesia. Anda, vamos ya —exclamó, a la vez que la empujaba hacia la puerta.

Antes de salir, se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Thesia, ¿qué hará Fahjor cuando le hayamos quitado su detector? —preguntó.

—Espero que se sienta derrotado y deje de competir conmigo —respondió ella.

CAPÍTULO IV

Fahjor vivía fuera de la capital.

Thesia explicó los motivos.

—Tiene que guardar la astronave en un cobertizo —dijo—. Puede invisibilizarla e, incluso, hacerla indetectable, pero carece de control telepático.

—Entiendo. Eso significa que debe tenerla a mano en cualquier momento.

—Justamente —corroboró ella.

El monorrueda de Rick se movía velozmente por el canal de la autopista. Un haz de rayos magnéticos guiaba al vehículo por el canal apropiado. En el momento oportuno, ya programado el viaje, el piloto automático dejaría de funcionar y el conductor recuperaría el mando manual del vehículo.

—Estoy pensando en una cosa, Thesia —dijo Rick de pronto.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Hay, en vuestro conflicto, un fondo que podríamos llamar racial. Por lo menos, de clases, Thesia.

—No entiendo, Rick —dijo ella.

—Tú llevas el multiplicador de ondas cerebrales. Fahjor, no. Esa es la diferencia, Thesia.

—Sí, lo admito, pero lo es porque la distinta potencia de cerebros lo permite. El de Fahjor, al menos en el aspecto electroencefálico es menos potente que el mío, lo que no significa menor inteligencia. Todo lo contrario diría yo.

—Un tipo astuto, ¿eh?

—Y despiadado, Rick.

El joven se echó hacia atrás en el asiento.

—En el fondo de las luchas entre los seres humanos,

cualesquiera que sean su procedencia y raza, late siempre un problema económico —dijo sentenciosamente—. Vosotros queréis apoderaros de ese metal que os resulta tan precioso. Espero no equivocarme si digo que Fahjor pretende lo mismo.

—Justamente, Rick —confirmó Thesia.

—Entonces, ¿cuál es la diferencia entre ambos?

—Una, muy importante —contestó la muchacha—. La que existe entre la guerra y la paz.

Rick silbó.

—En todas partes es lo mismo —se quejó—. No hay descubrimiento, grande o chico, que no termine siendo aprovechado para la guerra.

Una lámpara centelleó en aquel momento, lo que indicó al joven que debía hacerse cargo de la conducción manual del vehículo. Pediría más explicaciones en otro momento, se dijo, mientras reducía la marcha del monorrueda, a fin de adentrarse en la ruta de salida de la autopista.

* * *

Hacía ya un par de horas que había llegado la noche. Rick juzgó conveniente situar el vehículo fuera del camino que conducía a la residencia de Fahjor, a fin de que no fuera visto por algún transeúnte ocasional. Una vez detenido el vehículo, iniciaron a pie la marcha de aproximación a la casa, situada a unos ciento cincuentametros de distancia.

Unas luces rasgaron de pronto las tinieblas. Rick agarró la mano de la muchacha y tiró de ella, apartándose del camino atiendo de no ser vistos por el monorrueda que llegaba a gran velocidad.

El vehículo se detuvo ante el edificio. Ocultos entre unos arbustos próximos, Rick y Thesia vieron a los tres hombres que se apeaban del monorrueda.

Rick se quedó atónito al reconocerlos.

—¡Caramba, sin son...!

Había un par de lámparas que iluminaban la entrada de la casa. Un hombre apareció ante la puerta.

—Fahjor —musitó Thesia.

Era un sujeto alto, delgado, de cráneo casi pelado y cejas picudas. Habló brevemente con los recién llegados y luego entró en la casa nuevamente, seguido de uno de ellos.

Schurdd y Dorado quedaron en el exterior. Thesia dio un codazo al joven.

—Esta es la ocasión, Rick —susurró.

—Sí, pero, ¿dónde está el detector?

—En alguna de las habitaciones de la casa —contestó ella—. No puede llevarlo encima como si fuera un simple reloj de bolsillo.

—Pesa mucho, ¿eh?

—Bastante, Rick.

El joven lanzó un gruñido.

—Empiezo a sospechar que me has tomado por un simple mozo de carga —mascullo—. Un «safari» de un simple porteador... como una invasión con un solo invasor.

Pero ella caminaba ya hacia la casa, dirigiéndose hacia uno de las fachadas laterales. De pronto, las luces del edificio empezaron a encenderse y a apagarse repetidas veces y con gran rapidez.

—La alarma —dijo ella, vivamente.

—¿Alarma? —repitió Rick.

—Sí, el detector ha entrado en funcionamiento... Vamos, tenemos que escapar.

Rick maldijo entre dientes.

—Esto acabará mal para nosotros —se lamentó.

La puerta se abrió. Fahjor apareció en el umbral, seguido de cuatro o cinco sujetos.

—¡Están por el jardín! —grito—. Búsquenlos.

Thesia se detuvo de pronto. Sacó su pistola y disparó contra el

monorrueda.

Una gran explosión se produjo en el acto. Surgió una vivísima llamarada, seguida de una enorme humareda. Sonaron gritos de terror.

—Así no nos podrán seguir, Rick —explicó la muchacha, mientras corría a toda velocidad.

Momentos después, subían al monorrueda y emprendían un poco digno regreso. A Rick le pareció más bien una retirada que no tenía nada de honrosa.

* * *

—Mira, Thesia —dijo Rick al día siguiente—, así no podemos seguir. Si cada paso que das, Fahjor te va a localizar, es evidente que no podrás llevar a cabo tu misión. Hay que hacer algo para evitarlo, ¿comprendes?

—Sí, tienes razón —concordó Thesia—. Pero el caso es que no se me ocurre ninguna idea.

—¿De veras? Oye, tú pareces una chica muy lista, además de guapa, cosa que no se puede discutir en modo alguno. Has sabido encontrarme a mí sin que yo...

—Eso es fácil, Rick. Hay una lista videofónica.

—Es verdad —murmuró él—, Pero, me imagino, Fahjor tendrá reservado su número de videófono.

—Sí, aunque a él lo detecté por su nave. Es indetectable para los sistemas de este planeta, pero no para los míos.

—¡Caramba! Debes de tener un montón de cacharros en tu casa —exclamó Rick, admirado.

—Oh, no creas, caben en una pequeña maleta Pero si mal no recuerdo, estábamos en evitar la detección de Fahjor.

—Sí, el más temible sabueso de la contrainvasión —dijo Rick, con su poquito de sorna—. Él te detecta por el brillante multiplicador de las ondas telepáticas, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Y esa piedrecita no se puede quitar de tu frente, al menos por los medios conocidos en este planeta.

—Sí, Rick.

El joven se pellizcó unos instantes el mentón.

—Aguarda, creo que ya tengo la idea —exclamó de pronto.

—¿Buena? —preguntó Thesia ansiosamente.

—Eso espero —sonrió Rick—. ¿Querrás aguardar en mi casa una hora más o menos?

—¿Vas a salir, Rick?

—Sí, preciosidad —contestó él, ya en camino hacia la puerta—. No te muevas; volveré dentro de una hora. Quizá menos.

Rick cumplió su palabra.

Sesenta minutos más tarde, estaba de vuelta con un paquete en las manos, que desenvolvió de inmediato. Asombrada, Thesia contempló lo que, a primera vista, parecía un collar.

—Es un colgante —explicó él—. Lo usan algunas mujeres en países exóticos de la Tierra. Tú lo usarás a partir de ahora continuamente y servirá como de red anti- detectora, para evitar que tus emisiones mentales amplificadas por el brillante sean captadas por Fahjor.

De la parte central del colgante pendía una gran piedra verde, una bonita esmeralda de imitación, engastada en una joya chapada en oro. La parte interior de la joya era hueca y su tamaño resultaba apenas un poco mayor que el del brillante.

Rick había traído también otra cosa consigo, un trozo de finísima rejilla de cobre, cuya trama alcanzaba a los veinticinco hilos por centímetro cuadrado. Cortó un trozo de las dimensiones del brillante y lo adhirió a éste mediante una pasta especial.

—Resina vegetal pura —explicó—. Si usara la sintética, podría haber rastros metálicos microscópicos, procedentes de una elaboración tal vez defectuosa. He preferido no correr riesgos.

—Y esa rejilla evitará la detección.

—Sí, Thesia.

—Pero también impedirá que yo pueda controlar la nave desde el suelo —alegó ella.

—¿La necesitas ahora?

—No, por ahora no...

—Entonces, despreocúpate de eso. Tu interés se centra en estos momentos en eludir la persecución de Fahjor. Y con la rejilla de cobre y el colgante que la ocultará, el problema está resuelto. Anda, termina de arreglarte tú misma en el espejo.

Thesia se levantó, con el colgante en las manos, y fue al baño. A los pocos momentos, estaba de vuelta.

—¿Ha quedado bien? —consultó.

—Estás preciosa. Pareces una princesa de la India, aunque te falta el *sari* propio de las mujeres de aquel país.

—No conozco la India, Rick —dijo Thesia.

—Quizá algún día hagas un viaje como turista. Bien, ahora, si quieres, puedes hacer una prueba para comprobar la efectividad de mi sistema antidetección. Es decir, si crees que puedes probarlo desde aquí.

Ella hizo un signo negativo con la cabeza.

—Sólo hay una forma de probarlo —dijo.

—¿Cuál es, Thesia?

—Reanudando mis trabajos para la invasión de este planeta —contestó con acento de total seriedad.

CAPÍTULO V

Los ojos de Fahjor estaban fijos en la pequeña pantalla que pertenecía al detector de ondas telepáticas. Una aguja se movía lentamente en el aparato y las cifras y los signos correspondientes aparecían de manera sucesiva en la pantalla, a medida que la aguja iba progresando en su camino.

La velocidad de la aguja se hizo de pronto más lenta. Los ojos de Fahjor emitieron un brillo de júbilo.

—Estamos a punto de detectarla de nuevo —exclamó.

Había dos o tres hombres más con él en la estancia. Todos contenían el aliento, aguardando el final del experimento.

De pronto, la aguja se detuvo un instante y luego osciló locamente. Fahjor lanzó una maldición, a la vez que tocaba frenéticamente los controles del aparato.

—Pero, ¿qué diablos pasa aquí? —exclamó, colérico—. Hay interferencias... Algo impide una correcta localización de las ondas cerebrales de X-0-55...

—¿Me permite, señor? —dijo de pronto, uno de los presentes.

—Habla, Turbus —dijo Fahjor.

—X-0-55 ha descubierto un sistema que evita la detección de sus ondas cerebrales, señor —aseguró Turbus.

—¡Imposible! —rugió Fahjor—. No existe sistema capaz de evitar la detención de las ondas telepáticas. —Su mano, de dedos largos y afilados, señaló el aparato—. Este detector está ultraperfeccionado; no hay nada que pueda comparársele, ni en superioridad ni en evitar su captación de ondas mentales.

—Lo siento, señor, pero para ese fenómeno, no encuentro otra explicación —insistió Turbus.

—Yo creo que mi compañero tiene razón —intervino otro de los individuos—. A fin de cuentas, no debemos de olvidar que en este planeta no viven de modo tan atrasado, señor.

Fahjor vaciló un momento.

—En tal caso, Maxdol, ¿qué procedimiento recomiendas para capturar a X-0-55? —preguntó al cabo.

—Estamos en un planeta que no es el nuestro. Respetuosamente, señor, sugiero procedimientos como los que se emplean aquí.

Hubo una breve pausa de silencio.

Luego, Fahjor hizo unos movimientos de aquiescencia con la cabeza.

—Sí, Maxdol, creo que tienes razón —admitió al cabo—. Emplearemos procedimientos terrestres. Es lo mejor, mientras no descubramos el modo de franquear las defensas que X-0-55 ha colocado en torno a su mente.

* * *

—Lo siento, amigos —dijo el hombre, con la mejor de sus sonrisas—. Tengo en mis almacenes toda clase de metales y minerales que se conocen en el sistema solar, y dispongo de las aleaciones conocidas en el mercado. Pero nunca he oído hablar de *ultraenergium*.

Rick se volvió hacia la muchacha, que parecía consternada.

—¿Estás segura de que ese metal se llama *ultraenergium*? —preguntó.

—Al menos, es la palabra que más se aproxima a la que usamos en nuestra lengua —contestó Thesia.

—¿Es latina? —preguntó el vendedor.

—No. Es de un planeta llamado Qunuus y ha venido a invadir el nuestro —contestó Rick, a la vez que echaba a andar hacia la salida, empujando a la muchacha.

—Ah, ya a invadir... —El comerciante se quedó parado de pronto—. ¡Caramba, si todos los invasores son como ella, yo me dejo invadir ahora mismo! —exclamó.

Pero Rick y Thesia estaban ya en la calle.

—Hemos recorrido todos los almacenes de comerciantes que negocian con los minerales que se importan del espacio —dijo Rick—. Algunos, créeme, son rarísimos, pero se encuentran aquí, siempre que se pague el precio que pidan por ellos. Pero lo que no se puede encontrar es algo que no existe.

—Sí, ya veo —dijo Thesia con tristeza—. Me parece que no sirvo para invasora, Rick.

—¿Invasora o agente secreto? —sonrió él—. Porque una invasión, hecha a base de una sola persona...

—Llámalo como quieras —contestó la chica—. Tú conoces mi nombre, pero no mi cifra clave en el Servicio de Invasión Internacional de Qunuus.

—Ah, usáis clave y todo. Es lógico, tratándose de espionaje.

—Sí. Mi cifra es X-0-55, Rick. Pero me tendré que volver con las manos vacías.

—Eso creo —convino él—. Ahora bien, ¿quién os informó de la existencia de *ultraenergium* en nuestro planeta?

—Sería un poco largo de explicar, pero, en líneas generales, puedo decirte...

Thesia no pudo continuar hablando, porque dos individuos, vestidos con uniforme de policías, se acercaron a la pareja.

—¿Es usted Rick Miller? —preguntó uno de ellos.

—Así me llamo, amigo —respondió el joven cortésmente—. ¿Sucedó algo de particular?

—Lo siento —dijo el policía—. Está arrestado.

—Y esa joven que se encuentra a su lado, también está arrestada —anunció el otro agente.

* * *

Un helimóvil policial de gran capacidad, tripulado por un tercer agente, se detuvo junto a la acera.

Rick frunció el ceño.

—Espero que, al menos, sepan indicarnos los motivos del arresto —solicitó.

—Tienen el color de la cara muy malo. Padecen una grave enfermedad contagiosa y debemos aislarlos —respondió el agente que parecía mandar la patrulla.

A Rick, las palabras del individuo le sonaron a burla. Casi en el acto presintió la falsedad que representaban los uniformes.

—Ustedes quieren secuestrarnos —dijo.

—Sí —admitió el hombre sin pestañear—. Y les advierto que si intentan resistir, gritaremos que padecen una enfermedad muy grave y contagiosa y nadie alzará un dedo para ayudarles.

Thesia dirigió una mirada implorante al joven. Rick se encogió de hombros.

—No podemos hacer nada —se resignó él.

Instantes más tarde, el helimóvil se elevaba raudamente.

—Supongo que será inútil preguntarles adonde nos llevan dijo Rick, después de unos minutos de silencio.

—Sí, es inútil —respondió escuetamente el jefe de los secuestradores.

Transcurrió media hora. El helimóvil empezó a perder altura de repente. Rick pudo apreciar, a través de las ventanillas, que se encontraban en pleno desierto de Nevada.

De pronto, vio una fantástica construcción, rodeada e frondosos jardines y con varios estanques de gran tamaño en torno a la casa. Había numerosos árboles y el efecto, en medio del desierto, resultaba singularmente contrastante.

El helimóvil se posó en un lugar especialmente destinado para ello. Rick y la muchacha fueron obligados a apearse y, escoltados por sus raptos, se dirigieron hacia la casa.

El edificio estaba construido con todo lujo. La abundancia de agua y arbolado proporcionaba cierta frescura al ambiente, pero dentro de la casa funcionaban a toda presión los acondicionadores de aire.

Entraron en un salón. Morton Buckeridge les dirigió una alegre sonrisa desde el cómodo sillón en que estaba sentado..

—Bienvenido a mi *Desert-Eden* —saludo jovialmente—, Rick, nunca me imaginé que pudiera tener usted una secretaria de belleza tan subyugante.

Thesia fue a decir algo, pero Rick la contuvo a tiempo, agarrándola por una mano.

—Además de mi secretaria, es una valiosa ayudante—dijo—. Por si no lo conoce, le diré su nombre. Thesia zur-Urun. Thesia, te presento a un bribón llamado Morton Buckeridge. Pretende, nada menos, comprar por diez, lo que vale mil o algo por el estilo.

Buckeridge soltó una risita.

—Los negocios, amigos míos, los negocios —admitió sin perder su acento de jovialidad—. Peter, sírveles una copa a mis huéspedes —indicó a un silencioso esbirro que permanecía a un lado.

—No —rechazó el joven contundentemente—. No queremos beber.

—Mi oferta es sincera —aseguró Buckeridge.

—Y el narcótico que nos pondrán en la bebida...

Buckeridge entornó los párpados, a la vez que dejaba de sonreír.

—Hablemos de negocios, señor Miller —dijo—. Ya sé que el otro día intervino su secretaria, muy eficazmente por cierto, y que desarmó a mis enviados especiales, pero hoy no sucederá lo mismo. Usted sabe lo que deseo, ¿no es así?

—Cierto, y desde ahora le digo que pierde el tiempo, señor Buckeridge —contestó el joven con firme acento.

El hombre no se inmutó. Agitó una mano y dijo:

—Peter, toca el timbre.

—Sí, señor —contestó el esbirro.

Los tres falsos policías aparecieron de inmediato.

—Enciérrenlos donde ya saben —ordenó Buckeridge—. Pero aguarden un momento; quiero hacer una advertencia a mis

distinguidos huéspedes.

Buckeridge clavó los ojos en el joven.

—Señor Miller, tiene exactamente dos horas para reflexionar —continuó—. Pasado ese tiempo, si no ha presionado el botón rojo que verá en uno de los muros de su encierro, introduciré un gas narcótico que, a diferencia del que iba a ser usado en la ocasión anterior, dejará rastros irreparables en sus cerebros. De aquí irán a parar a un asilo para inválidos, en el que permanecerán, en estado poco menos que catatónico, durante el resto de sus días. Eso es todo.

La mano de Buckeridge se agitó de nuevo y los prisioneros fueron conducidos al encierro, situado, según dedujo Rick sin dificultad, en uno de los sótanos del edificio.

* * *

—No se puede decir que el calabozo carezca de comodidades —comentó Rick, con la vista fija en el botón rojo, situado en lugar harto visible de la estancia.

—¿Será posible que Buckeridge lleve a cabo sus propósitos? —preguntó la muchacha, sumamente aprensiva.

—No lo dudes, Thesia —contestó él.

La habitación era amplia y espaciosa y elegantemente decorada, pero carecía de ventanas, lo mismo que el lavabo contiguo. Se escuchaba un débil zumbido, lo que indicaba que los sistemas de aireación funcionaban correctamente.

—Ellos me han confundido con tu secretaria —dijo Thesia.

—Se lo dirían Schurdd y Dorado, supongo.

—Pero Buckeridge no ha mencionado mi pistola desintegradora. ¿Por qué?

Rick se volvió de pronto hacia la muchacha.

—Es cierto —exclamó—. Sólo ha dicho que tú interviniste muy eficazmente. ¿Por qué no ha mencionado el arma?

—No hay más que una respuesta, Rick: Schurdd y Dorado

callaron. ¿Cómo iba a creer Buckeridge que sus pistolas se les habían volatilizado en las manos? Seguramente le dijeron que yo les había desarmado con una pistola corriente.

Rick chasqueó los dedos.

—Es cierto, así tuvo que ser —dijo, muy excitado—. ¿Tienes ahí la pistola? Pero no puede ser, te registraron el bolso...

Thesia sonrió.

—Lo abrieron solamente y echaron un vistazo superficial —contestó—. Sin embargo, no miraron por debajo.

Thesia inclinó ligeramente el bolso y movió un resorte situado en uno de los bordes inferiores. La pistola apareció en el acto.

—Bien, estamos salvados —exclamó Rick alegremente.

—Aguarda un momento. ¿No corremos peligro de que la casa se nos venga encima? —dudó Thesia.

—¿Es muy difícil manejar el arma? —preguntó él.

—En absoluto, su manejo es sencillísimo —respondió la muchacha—. Escucha, Rick...

CAPÍTULO VI

La puerta era de sólidas planchas de roble, imposible de violentar con las manos. La cerradura se hallaba al exterior, pero se volatilizó a la primera descarga que hizo el joven.

—Yo iré delante —murmuró él, una vez tuvo el paso libre.

La escalera que conducía a la planta superior quedó a la vista. Rick ascendió lentamente y exploró la sala, desierta en aquellos momentos.

La puerta que conducía al jardín se hallaba a una docena de pasos. A Rick, sin embargo, le interesaba otra cosa.

—A este condenado Buckeridge quiero yo darle una lección que no olvide jamás —masculló.

Peter apareció de pronto en el umbral de otra puerta. Vio a la pareja y, a la vez que lanzaba un grito de alarma, sacó su pistola.

Rick se la convirtió en humo de un disparo. El sujeto dio un salto hacia atrás, al mismo tiempo que pegaba un chillido atroz.

Dos de los falsos policías aparecieron casi en el acto. Sus armas desaparecieron igualmente.

Uno de ellos usaba un ancho cinturón, con una vistosa hebilla de gran tamaño. La hebilla desapareció y lo mismo sucedió con relojes de pulsera y todos los objetos metálicos que los esbirros llevaban sobre sí.

Los tres individuos emprendieron una alocada huida, a la vez que lanzaban frenéticos gritos de terror. Buckeridge salió de su despacho, atraído por el estruendo de las voces, y resultó atropellado por los tres hombres en fuga.

La pistola de Thesia, por otra parte, era silenciosa, lo que, para los esbirros de Buckeridge, hacía más incomprensible sus efectos. Rick graduó la potencia al máximo y disparó contra una pared.

El resultado fue asombroso: la pared se convirtió en el acto en una espesa nube de polvo.

—¡Tenemos que escapar de aquí, Rick! —le recordó ella de pronto.

—Es cierto. Vamos.

Buckeridge estaba atónito, sin comprender muy bien lo que ocurría. A favor de la confusión, Rick y Thesia consiguieron salir al exterior.

—Por aquí —señaló él.

Alguien disparó una pistola en aquel momento. La bala rebotó ruidosamente entre los pies de los dos jóvenes.

Rick se volvió. Toda una esquina de la casa desapareció en un santiamén. Falto de sustentación, aquel sector del edificio se derrumbó con horrísono estruendo.

Tres individuos se disponían a escapar en uno de los helimóviles. Rick redujo la potencia del arma y convirtió en humo la proa del aparato. Peter y los otros dos saltaron al suelo y escaparon corriendo como locos.

—Y esto no es más que el principio —dijo Rick, poseído por el furor del desquite.

Pensar que había estado a punto de convertirse en un vegetal viviente le sacaba de quicio. El agua de dos de los estanques se convirtió en vapor instantáneamente.

Buckeridge chillaba enloquecido. Rick hizo un par de disparos más contra la casa. Parte se convirtió en humo y el resto en escombros.

Había un helimóvil y se apoderó de él sin el menor empacho.

—Arriba, Thesia.

La muchacha se encargó de tripular el aparato. Cuando iban a despegar, Rick se fijó en un pequeño edificio, situado aparte del resto.

—Elévate a unos cien metros —ordenó.

Thesia gobernó el aparato, dejándolo inmóvil en la cota señalada. Rick se asomó, tomó puntería cuidadosamente y apretó el gatillo.

La pequeña central de energía que abastecía de electricidad al conjunto voló con atronador estampido. Los edificios auxiliares

situados en las inmediaciones se derrumbaron como castillos de naipes.

Momentos después, el *Desert-Eden* ofrecía el aspecto de un lugar bombardeado hasta el arrasamiento. Desde la altura, Rick y Thesia pudieron divisar a media docena de sujetos que deambulaban por las ruinas, atónitos y llenos de aturdimiento por algo que había ocurrido y que no entendían en absoluto.

—Espero que ahora dejes de molestarme, Morton Buckeridge —dijo Rick, cuando el aparato tomaba el rumbo de la ciudad, como si su enemigo pudiera escucharle.

* * *

—No se puede negar que seas una invasora con todas las de la ley —dijo Rick, mientras cenaban en su apartamento—. Por lo menos, has encontrado un colaborador.

—Muy eficaz, a decir verdad —sonrió ella—. Pero, ¿por qué te persigue Buckeridge? ¿Sólo por apoderarse del *staurum*?

—¿Y te parece poco? Es un granuja y no sólo en el asunto del *staurum*, lo he averiguado estos días —contestó Rick—. Pero volvamos a lo tuyo. ¿Cómo piensas seguir desarrollando tu plan de invasión?

—Pues... a decir verdad, no lo sé —respondió Thesia, un tanto desanimada—. El hecho de que no haya podido encontrar el *ultraenergium* me deja bastante confundida, créeme.

—Y si no lo encuentras, tendrás que volverte a Qunuus.

—Así es, Rick —admitió.

—Bueno, si hemos de ser sinceros, tú no has venido a invadir, sino a comprar, que es muy distinto, Thesia.

—Es que, una vez conseguido el *ultraenergium*, llegaría la invasión, Rick.

El joven saltó en su asiento.

—Caramba, Thesia, no estarás hablando en serio —exclamó.

—Sí, Rick. El *ultraenergium* es muy escaso en Qunuus y el

combustible ordinario hace muy lentos los viajes espaciales. Ahora bien, si disponemos de U.E. en cantidades ilimitadas, podremos fletar más naves y desembarcar en el planeta con fuerzas suficientes para la invasión.

Rick tenía la boca abierta.

—Thesia, eso significa que eres mi enemiga —dijo.

—Oh, no, no, Rick, de ningún modo —protestó ella—. ¿Cómo podría yo ser tu enemiga, si te aprecio tanto? Por otra parte, tampoco pensamos haceros daño al invadir el planeta...

—Simplemente, convertirnos en vuestros esclavos, ¿verdad? —gruñó él acremente.

—Me gustaría explicarte las cosas tal como son, pero en otro momento, Rick. —Thesia se puso en pie de pronto—. Ahora debo volverme a casa.

—Te acompañaré...

Ella levantó una mano.

—Gracias, ya te has molestado bastante por mí. Te llamaré mañana por videófono, querido —se despidió.

Rick se quedó solo, sentado, con la barbilla apoyada en una mano y el codo correspondiente en la mesa.

—No sé por qué, pero el papel de tonto me ha tocado a mí —murmuró, indignado consigo mismo.

De modo que la invasión era verdad. Apenas los qunuusitas dispusieran en abundancia del metal que Thesia, para simplificar, llamaba U.E., cientos, tal vez millares de naves, desembarcarían en la Tierra y la ocuparían... lo que no se efectuaría sin feroces batallas que costarían la vida a millones o acaso cientos de millones de seres inocentes.

Y si se pensaba que, con unos pocos gramos de U.E., una nave, podía hacer el viaje de ida y vuelta a Qunuus sin dificultad, el panorama era desalentador en extremo.

—Con sólo una docena de kilos que se lleve, tiene suficiente para aprovisionar a toda una flota de combate resumió así el joven sus pocas consoladoras reflexiones.

Thesia no llamó al otro día ni tampoco en los tres que siguieron. Rick, a fin de cuentas, pensó que el R-Q-19 le estaba esperando y decidió completar sus preparativos. Thesia no encontraría el U.E. y su planeada invasión no tendría lugar.

Además, ¿quién contaba semejante fábula a las autoridades? Apenas fuese con el cuento al primer policía, le pondrían una camisa de fuerza.

Sí, había una pistola desintegrante por alguna parte, y él había comprobado sus efectos, pero un solo invasor no era cosa que pudiese preocupar demasiado.

A Rick ya sólo le faltaba cargar de combustible su nave y terminar de completar su documentación. Entonces, habría llegado el momento de zarpar hacia el R-Q-19.

Aquella mañana se dirigió hacia las oficinas de la Maston Energy, empresa que tenía el monopolio de la producción y suministro de combustible a las naves. Se encaminó al departamento correspondiente y llenó el impreso de petición, detallándolo de acuerdo con las especificaciones requeridas por la compañía.

Al terminar, entregó el documento al empleado y aguardó a que le facilitasen el importe, para extender un cheque. El hombre leyó los primeros renglones y luego miró a Rick.

—Lo siento, señor —dijo—. No tenemos combustible.

Rick se quedó con la boca abierta.

—Pero...

—Repito que lo siento, señor —insistió el empleado.

Rick empezó a sospechar algo turbio en aquella negativa. La Maston Energy no podía fallar en un caso como el suyo.

—El gerente se llama Truxner, creo —dijo.

—Así es, en efecto, señor.

—Entonces, tenga la bondad de anunciarme. Quiero hablar con él —pidió Rick.

El empleado no puso la menor objeción. Minutos después, Rick se hallaba en presencia de un sujeto de elegante atuendo y modalesuntuosos.

—Usted dirá, señor Miller —habló Truxner con voz meliflua.

—Me han dicho que la Maston no puede suministrarme combustible para mi nave —manifestó Rick—. Quiero que usted confirme ese extremo, por favor.

—En efecto, no podemos darle el combustible que pide —confirmó Truxner.

—¿Puede explicarme las causas? —rogó el joven, con la mejor buena voluntad que le era posible expresar en aquellos momentos.

Truxner sonrió de un modo extraño.

—Órdenes superiores, señor Miller —contestó.

Hubo un intervalo de silencio.

Rick creyó comprender al fin.

—Apostaría algo bueno a que la mano de Buckeridge tiene mucho que ver en su negativa, señor Truxner —dijo.

Truxner continuaba sonriendo.

—He tenido mucho gusto en recibirle —dijo—. Si puedo atenderle en otro asunto, lo haré con gran placer, pero el tema del combustible se ha agotado ya, señor Miller.

Bajo la blandura de su apariencia, Truxner mostraba una voluntad férrea. Rick supo verlo en pocos instantes.

De repente, se percató de que había una luz piloto encendida en el conjunto de controles de los sistemas de comunicación que Truxner tenía sobre la mesa. Un objetivo de televisión estaba captando la escena y Buckeridge la contemplaba desde algún lugar secreto, sumamente complacido por lo que ocurría.

—¿Me permite un papel y una pluma, señor Truxner? —pidió de pronto—. Quiero dejarle un mensaje para un amigo.

—Oh, por supuesto, no faltaría más, señor Miller —accedió el gerente.

Rick era bastante mañoso para el dibujo y la cabeza de cerdo

que pintó le salió bordada. Debajo escribió unas letras.

Acto seguido, tomó el papel con ambas manos y dio una vuelta de 180° sobre sí mismo. Truxner se sentía escandalizado.

—Pero, señor Miller... —se lamentó, aterrado al pensar en lo que diría Buckeridge al ver su nombre escrito debajo de la cabeza de cerdo.

Rick sonrió al dejar el papel sobre la mesa.

—Buckeridge ya ha recibido mi mensaje —dijo.

Y, acto seguido, agarró la mesa por debajo del borde, la levantó en peso y la arrojó contra Truxner, que cayó debajo, lanzando un chillido de pánico.

El portazo que dio al salir descolgó dos cuadros de las paredes del despacho. Hirviendo de ira por la jugarreta que Buckeridge le había gastado, Rick gano la calle.

Su monorrueda estaba a pocos pasos de distancia. Abrió la portezuela y una pistola, cuya forma conocía muy bien, le apuntó desde el interior.

—Entre, señor Miller —dijo el individuo—. Y tenga en cuenta una cosa: una descarga de esta arma puede convertirle en humo si intenta resistirse. ¿Lo ha comprendido?

Rick escrutó la cara del sujeto y asintió.

—No me queda otra opción —contestó.

—Lo celebro por usted, se lo digo con sinceridad —manifestó el sujeto placentemente.

CAPÍTULO VII

El monorrueda se detuvo ante un edificio que Rick conocía ya, a pesar de haberlo visto solamente por la noche. Dos sujetos armados vigilaron su salida y le introdujeron en una sala, en la que había un individuo a quien Rick había visto también una vez.

—¿Cómo está, señor Miller? —saludó Fahjor cortésmente—. Lamento haber recurrido a este remedio para traerle hasta aquí, pero no me quedó otra alternativa, se lo aseguro.

—Sí, ya me he dado cuenta de ello, Fahjor —contestó Rick con acento intrascendente.

Fahjor alzó una ceja.

—Usted me conoce —exclamó.

—Hace noches, hice sonar la alarma de su casa. Tuve que salir por piernas.

—¿Por piernas?

—Bueno, a todo correr. Ya me imagino que no conoce bien todas las inflexiones de nuestra lengua, pero eso es cosa que se corrige andando el tiempo.

—Indudablemente —admitió Fahjor—. Pero usted, en tal caso, no estaba solo aquella noche.

—Lo admito.

—Esa chica... —Fahjor meneó la cabeza—. Créame, amigo Miller, me está originando muchos problemas.

—Es su obligación, compéndalo —sonrió Rick.

—Pero yo también tengo las mías —alegó Fahjor—. Lo que sucede es que son contrapuestas a las de Thesia.

—De ello, créame, yo no tengo la menor culpa —dijo Rick, poniéndose ambas manos en el pecho—. Y si me ha traído aquí para preguntarme por Thesia, le diré por anticipado que ignoro su paradero.

—Esa chica es desconcertante, en efecto. Nunca se sabe lo que va a hacer...

—Debe actuar así o, de lo contrario, no sería un buen agente del Servicio Interestelar de Invasión.

—Se lo ha contado a usted, ¿eh?

—Tenemos bastante confianza, aunque no tanta como para que yo sepa dónde se encuentra en estos momentos. Soy sincero, se lo aseguro, Fahjor.

El sujeto miró a Rick de hito en hito durante algunos segundos y en silencio, de tal modo, que Rick llegó a sentirse incómodo.

—¿Sucedo algo? —preguntó el joven.

—No, no, nada en absoluto; simplemente, le estaba estudiando a usted.

—¿Para qué? Es decir, si puedo saberlo.

—Sí, puede saberlo. Tiene que ayudarme a encontrar a esa chica.

Rick se echó a reír.

—¡Pero hombre, ya le he dicho que...!

—Sí, sé que desconoce su paradero, pero es usted el único medio de que dispongo para localizar a Thesia.

—Como no emplee una bola de cristal —rezongó el joven.

—He oído hablar de ese procedimiento, usado por los adivinadores de profesión, y el mío será algo parecido, aunque, por descontado, infinitamente más perfeccionado —Fahjor entrecerró los ojos—. Antes podía localizarla por sus emisiones de ondas telepáticas. Eso ya no es posible, porque hay notables interferencias que envían imágenes muy confusas a mis pantallas.

—Ah, vaya —dijo Rick con indiferencia.

—Me extraña que Thesia haya conseguido eludir la detección de mis aparatos. Hasta ahora, eso había sido imposible.

—¡Qué me cuenta! —exclamó Rick, fingiendo asombro.

Pero Fahjor no se inmutaba.

—Sin embargo, teniéndole a usted, la cosa varía —continuó—. Ahora sí podré localizar a Thesia.

—¡Maravilloso! ¿Cómo piensa conseguirlo?

Fahjor se puso en pie y agitó una mano.

—Sígame, por favor —indicó.

Rick echó a andar detrás del sujeto, lo que no le impidió notar que su captor y otro tipo caminaban a su lado, vigilándole implacablemente. «Se ve que Fahjor no quiere correr riesgos», pensó.

Instantes después, entraban en una vasta habitación, en la que había algunos aparatos, cuyo aspecto resultaba completamente desconocido para el huésped forzado de la casa. Fahjor señaló uno de ellos:

—Ese es el detector de ondas telepáticas y, aunque constantemente está en funcionamiento, también, de un modo constante, sus emisiones son interferidas y perturbadas, hasta el punto de hacer indescifrables las señales recibidas —explicó.

* * *

Rick contempló unos momentos el detector y luego dijo:

—Muy bien, pero, ¿qué tengo yo que ver con todo este asunto?

—Se lo aclararé en seguida —sonrió Fahjor—. Siéntese ahí, por favor.

El joven obedeció y ocupó el sillón indicado. Fahjor continuó:

—Después de mucho pensar, he ideado un método para localizar a la chica, el cual espero no falle. He tenido que hacer ligeras modificaciones en los aparatos, pero no ha sido cosa de importancia. Lo realmente importante era dar con la idea.

—Sí, sucede con frecuencia. ¿Y...?

—Emplearé el sistema de reflexión de ondas telepáticas. Las emitidas por Thesia irán a parar a su cerebro y de éste a mi detector. El resto puede imaginárselo, ¿no?

Rick se quedó con la boca abierta.

—¿Quiere decir que Thesia va a pensar en mí? —exclamó.

—En un momento u otro, esto es inevitable —sonrió Fahjor—. Han estado juntos demasiadas veces, para que no le recuerde algún instante. Ello significa una emisión telepática a su cerebro, amigo Miller... y del suyo pasará a mi detector, con lo que el sistema anti detección de Thesia quedará así reducido a la nada.

—¡Qué bárbaro! —se asombró el joven—. Y todo eso para conseguir el *ultraenergium*.

—Se lo ha dicho ella, ¿verdad?

—Hombre, hemos charlado un poco.

—Sí, queremos encontrar el U.E., pero Thesia trata de impedirlo. No podemos consentirlo, como puede comprender.

—Thesia me ha dicho...

—Los hombres, aquí y allá, son todos iguales —rezongó Fahjor, repentinamente de mal humor—. Sólo porque ella sea una chica bonita y tenga un hermoso cuerpo, usted ya se cree que la razón está de su parte. A saber lo que le habrá contado.

—Ha dicho pestes de ustedes y, en el fondo, creo que tiene razón.

—¿Cómo puede afirmar tal cosa, Rick?

—Por la clase de amistades que tiene usted en el planeta.

Fahjor frunció el ceño.

—No entiendo —dijo.

—Es bien sencillo. Usted es amigo de un tal Buckeridge.

—Hombre, sí, lo admito. Tenemos negocios en común...

—Tener negocios en común con Buckeridge es tanto como tenerlos con un forajido —dijo Rick cortantemente—. Por ello creo que la razón está de parte de Thesia.

—Usted parece conocer bien a Buckeridge —dijo Fahjor, con cara de preocupación.

—Sí, demasiado bien.

—A mí me ha resultado muy útil, aunque menos de lo que esperaba. Pero esto no es relevante por ahora. Lo que interesa es encontrar a Thesia.

—Eso significa que yo tengo que estar aquí hasta que a ella se le ocurra pensar en mí.

—Efectivamente —corroboró Fahjor.

Rick se puso en pie.

—Lo siento, tengo prisa —dijo.

—Eh, alto ahí —gritó Fahjor—. Usted no puede marcharse...

—¿Que no? —rió el joven.

Y como viera que los dos esbirros se disponían a cerrarle el paso, dio media vuelta y se precipitó hacia una de las ventanas de la estancia.

—¡Detenedle, estúpidos! —chilló Fahjor, en el colmo de la ira.

Pero ya era tarde; convertido en un proyectil humano, Rick atravesó la ventana con gran estrépito y rodó por el jardín contiguo.

Ágilmente, se puso en pie y dio la vuelta a la casa, buscando el helicóptero que le había traído allí. Pero al doblar la esquina, vio a otros dos sujetos que, ya alertados, trataban de alcanzarle.

Rick giró en redondo, a la vez que movió las piernas a toda velocidad. De pronto, divisó un gran cobertizo y, sin vacilar, se encaminó hacia allí.

Detrás de él sonaban gritos.

—Las pistolas narcóticas —aullaba Fahjor—. Le necesito vivo, aunque esté dormido.

Rick descorrió la puerta deslizante del cobertizo y se encontró delante de una astronave semejante a la de Thesia. La escotilla estaba abierta y, sin pensárselo dos veces, se zambulló de cabeza a su través.

Apenas lo había hecho, oyó detrás de él varios chasquidos sucesivos. Volvió la cabeza y vio que la escalera se replegaba automáticamente y las dos compuertas de la esclusa iniciaban el proceso de cierre.

En el jardín, Fahjor, desesperado, chilló:

—¿Quién es el imbécil que se ha dejado la nave en despegue automático?

* * *

A Rick, la idea de verse lanzado al espacio no le seducía en modo alguno y, comprendiendo que abrir las escotillas con la sola fuerza de sus manos le resultaría imposible, corrió escaleras arriba a la cabina de mando.

—Voy a ver si paro este maldito cacharro —dijo, furioso.

Alcanzó el puesto de mando y vio las luces de control encendidas. De pronto, agarró una palanca y tiró de ella hacia sí.

No ocurrió nada. La nave permaneció quieta.

—Bueno, por lo menos, no despegó —se dijo, contemplando el interior del cobertizo a través de las lucernas.

Al lado había otra palanca. Rick tiró hacia sí, pero la palanca permaneció inmóvil.

Entonces, la nave se levantó un par de metros y avanzó con fuerza irresistible en vuelo horizontal.

Fuera, sonaron gritos de terror.

El cobertizo saltó en astillas. Fahjor y sus esbirros corrieron enloquecidos, desparramándose por todos los sitios, para evitar ser arrollados por aquel monstruo de metal que avanzaba con cierta lentitud, pero también de manera irresistible.

Los ojos de Rick contemplaron el edificio, que se acercaba a la nave irremisiblemente. Trató de parar el aparato, pero todo fue inútil.

En el último instante, aterrado, se cubrió la cara con un brazo. Más que oír, percibió el estruendo del edificio al derrumbarse aparatosamente, cuando la nave lo atravesó de parte a parte.

En el jardín, Fahjor se tiraba de los pelos.

—¡Todos mis esfuerzos han sido inútiles! —gemía ante la catástrofe.

Rick abrió los ojos. En el interior de la nave, todo parecía normal.

—Thesia debía haberme enseñado su idioma —se quejó, ante las indicaciones del cuadro de mandos, que le resultaban absolutamente ininteligibles.

De pronto, recordó la palanca que había puesto la nave en movimiento y tiró de ella. El aparato se detuvo bruscamente, después de haber tronchado como débiles cañas una veintena de robustos árboles.

Además, la nave se posó en tierra. Rick vio centellear un par de lámparas y presintió su significado.

Abandonó la cabina y se descolgó literalmente por la escalera. Un grito de alegría brotó de sus labios al ver la compuerta abierta.

Instantes después, corría como un loco a campo traviesa. Cuando Fahjor y sus ayudantes alcanzaron la nave, Rick había desaparecido.

CAPÍTULO VIII

Lanzando un suspiro de alivio, Rick abrió la puerta de su casa. Un grito femenino llegó en el acto a sus oídos.

—¡Rick! ¿Dónde te has metido? —preguntó Thesia ansiosamente.

El joven la miró con fijeza un instante.

—¿No crees que yo también podría hacerte la misma pregunta? —dijo con acento de mal humor.

—He estado... —Thesia se mordió los labios—. Dispénsame, Rick.

El joven ya estaba junto al aparador de los licores. Llenó una copa y tomó un par de buenos tragos.

—Fahjor me hizo prisionero —declaró—. Sin embargo, he conseguido escapar.

—Admirable —elogió ella—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Thesia, ¿no crees que es hora ya de una vez que te expliques con toda claridad? Si opinas que no es posible, lo mejor será que sigamos cada uno por nuestro lado.

—Estás enojado conmigo, ¿verdad?

—Tú misma puedes darte la respuesta. He querido ayudarte con la mejor buena fe del mundo, pero todo tiene un límite, como puedes comprender.

—Lo siento. Tuve que salir inesperadamente y no he podido volver antes.

—No me digas que has estado en Qunuus y has vuelto, todo ello en cuatro días —exclamó él, burlonamente.

—Es muy poco tiempo, en efecto. Pero te diré lo que hice, si me quieres escuchar.

Rick agitó la mano.

—Adelante, no te detengas por mí —invitó.

—He permanecido cuatro días en el espacio, haciendo pruebas con una muestra de U.E. que me facilitaron —explicó ella.

—Interesante —dijo Rick, arqueando las cejas—. ¿Cuál fue el resultado?

—Fatal —contestó Thesia sin rodeos—. El generador no proporcionó potencia ni para encender dos lámparas. Por fortuna, la nave tiene dos generadores y puede funcionar con cualquiera de ellos. De lo contrario, me hubiera visto en un apuro.

Rick arrugó el entrecejo.

—¿Estás segura de que era U.E? —preguntó.

—Hombre, el que me lo vendió, juró y perjuró que lo era, Rick.

—Y tú lo pusiste en el generador, sin preocuparte de comprobarlo.

—¿Por qué iba a dudar de la palabra de Frank Truxner, Rick?

—¿Truxner? ¿Has dicho Truxner? —gritó él.

—Sí, eso es lo que he dicho, Rick. Pero, ¿qué te sucede? ¿Por qué te excitas tanto?

—Aguarda un momento, Thesia. Tú dices que Truxner te vendió una muestra de U.E... pero no lo comprobaste.

—No. Me fié de su palabra, simplemente. Espera, todavía, tengo aquí un poco de metal...

Thesia abrió su bolso y sacó un fragmento de metal de color blanco dorado, muy brillante.

—Me dio dos trozos —dijo—. Probé con uno, pero fue un fracaso.

Rick hizo saltar en la mano el pedazo de metal, que no tenía más allá de quince o veinte centímetros cúbicos de volumen. Hizo cuentas mentalmente y, de pronto, se dirigió al aparador y buscó una navaja.

El acero mordió fácilmente el metal. Debajo de la capa brillante, apareció otra de color gris inconfundible.

—Plomo, simplemente plomo, Thesia —dijo Rick.

Ella se sentía muy confundida.

—Entonces, me ha estafado...

—¿Cuánto le pagaste?

—Un millón, Rick —dijo Thesia, a punto de echarse a llorar.

Rick se pegó una tremenda palmada en la frente.

—¡Qué timo! —barbotó—. ¿Te dio algún recibo? —preguntó repentinamente.

—Sí, lo guardo en el bolso.

Rick consultó la hora.

—Si nos damos un poco de prisa, todavía podemos alcanzar a ese estafador en su despacho —dijo—. Vamos, corre, Thesia; aunque tú lo ignoras, acabas de hacerme el mayor favor de este mundo.

La muchacha arrancó bruscamente, casi volando, pero no por iniciativa propia, sino a causa del tirón que Rick había pegado a su mano. Dio un grito y luego siguió corriendo tras el joven.

* * *

Un empleado les informó amablemente de que Truxner no podía recibirles. Rick no se inmutó y le entregó un papel.

—Dígale que es sólo una fotocopia. Nosotros tenemos el original —indicó—. Háblele también del plomo como elemento de cambio en las transacciones comerciales. Ande, ande, aquí le esperamos.

El empleado, que ya había tenido tratos con Rick en una ocasión, le miró perplejo. Pero obedeció y, a los pocos momentos, salía del despacho y dejaba la puerta abierta.

—El señor Truxner les aguarda —anunció.

Thesia pasó en primer lugar. Rick la siguió en el acto. Truxner estaba terriblemente pálido.

—Señorita... Señor Miller... —dijo con voz insegura.

—Amigo Truxner —habló Rick con firmeza—, usted vendió a esta chica encantadora, aunque un poco ingenua, dos trozos de plomo cubiertos de una ligera capa de oro blanco, por la cantidad de un millón. La copia que le hemos enseñado es la del original del recibo que usted extendió por la suma que ella le entregó, ¿no es cierto?

Truxner asintió.

—De... devolveré el dinero... No creí que ella regresara... —confesó, trémulo.

—El dinero no interesa tanto como el combustible para mi nave —dijo Rick.

Truxner respingó.

—¡Pero no puedo! Buckeridge me lo ha prohibido...

El dedo de Rick se apoyó en uno de los botones del sistema de comunicaciones.

—¿Quiere que ponga en funcionamiento el circuito cerrado de televisión, para que Buckeridge sepa la estafa que ha cometido uno de sus hombres de confianza? —preguntó burlonamente—. A Buckeridge, en el fondo, la estafa no le importa, salvo por el hecho de que no habrá percibido un penique del millón que usted cobró a la señorita Zur-Urun por dos trocitos de plomo.

—Si se entera de que le he suministrado combustible, me costará caro —dijo Truxner, casi sollozando.

—Haga trampas en los libros, lo que mejor le parezca, pero envíeme el combustible antes de veinticuatro horas o Buckeridge se enterará de lo ocurrido —aseguró Rick, implacable—. Ah, y del cheque que le entregó la señorita Zur-Urun sobran, por lo menos, un par de cientos de miles. Haga el favor de devolver también esa cantidad. Yo ya me las entenderé con ella para reembolsarle su dinero.

Momentos después, abandonaban las oficinas de la Maston Energy. Rick se sentía satisfecho de la operación.

—Así, pues, Buckeridge no quería suministrarte combustible para tu nave —dijo ella.

—Creyó que me tenía acogotado y que yo cedería, y le vendería mi yacimiento de *staurum*. Buckeridge no me conoce bien

todavía.

—¿Qué es lo que piensas hacer, apenas tengas lista la nave, Rick?

—Zarpar sin demora hacia el R-Q-19 —contestó él resueltamente— Ya he perdido aquí demasiado tiempo.

Thesia se detuvo de pronto y puso sus manos en las caderas.

—Así, pues, te has aprovechado de mí para conseguir tus propósitos —dijo, irritada.

—Tú recobras tu dinero, ¿qué más quieres? Yo también tengo mis cosas que hacer y no puedo pasarme la vida, ayudando a una invasora que no sabe invadir un planeta en debida forma. No irás a decirme que no té he ayudado y corrido riesgos por ti, ¿verdad?

—Me defraudas, Rick —se lamentó Thesia—. Yo creí que te quedarías aquí.

—Preciosa, tú tienes tu misión y yo mi trabajo. Trata de comprenderme, te lo ruego.

Ella no dijo nada. El monorrueda les llevó hasta el domicilio de Rick.

—Aquí nos separamos —dijo la muchacha.

—Me gustará verte dentro de ocho o diez meses —sonrió él.

—Quizá me haya vuelto ya a Qunuus. Es posible que, en ese tiempo, haya encontrado el U.E.

—Te lo deseo de corazón, aunque no me gusta la idea de que vengáis a invadirnos.

—Debemos hacerlo, Rick. —Thesia se sintió preocupada de pronto—. Pero no entiendo qué relación pueda existir entre Buckeridge y Fahjor. Mejor dicho, los motivos de esa relación.

Rick se encogió de hombros.

—A decir verdad, no es cosa que me interese demasiado —replicó.

Al día siguiente, estaba en el astropuerto, vigilando la carga del combustible. Sus aparatos le indicaron que Truxner no le había dado gato por liebre.

Uno de los empleados de la Maston Energy le entregó un sobre. Dentro había un cheque por el sobrante del millón, correspondiente al exceso del importe del combustible.

Rick sonrió. Truxner había visto castigada su avaricia. Pero, a fin de no ser descubierto, haría figurar aquella partida de combustible, como suministrada a otra astronave.

Un empleado del astropuerto se le acercó de pronto.

—Señor Miller, tiene una llamada —dijo—. Cabina doce —indicó.

—Ahora no puedo —gruñó el joven—. Tome nota de la llamada, por favor.

—Ella es una chica llamada Thesia —declaró el empleado—. Dice que es muy urgente, señor Miller.

Rick levantó los brazos al cielo.

—Pero, ¿es que esa condenada invasora no me va a dejar en paz un solo momento? —clamó.

No obstante, le disgustaba mostrarse descortés con Thesia. Se dirigió a la cabina señalada y pronto pudo ver el rostro de la muchacha.

—Tienes que venir, Rick —dijo ella lacónicamente.

El joven respingó.

—¡Thesia! Estoy a punto de zarpar...

—La chica tiene razón, debe usted acudir a su llamada —sonó de pronto una voz a sus espaldas.

Rick se estremeció. Algo duro acababa de apoyarse en sus riñones.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Thesia le contemplaba implorante.

De pronto, Rick se dio cuenta de que el colgante había desaparecido de la frente de Thesia. El diamante brillaba deslumbradoramente.

La cara de Thesia fue sustituida por la de Fahjor. El hombre sonreía satisfecho.

—Haga el favor de acompañar a mis hombres, Rick —solicitó con voz meliflua—. Le necesitamos, créame.

CAPÍTULO IX

Rick conocía de vista a los dos sicarios, quienes se comportaban con entera naturalidad. Pero debajo de sus ropajes, estaba seguro, portaban aquellas pistolas desintegradoras cuyos efectos conocía él demasiado bien.

—Fahjor ha encontrado una nueva guarida, ¿eh? —dijo en el momento de entrar en el monorrueda que aguardaba en la pista de estacionamiento de vehículos terrestres.

—Sí —contestó Urdus lacónicamente.

El monorrueda arrancó a toda velocidad. Ninguno de sus ocupantes se dio cuenta de que otro aparato igual les seguía a prudente distancia.

Media hora más tarde, el monorrueda en que viajaba Rick se desvió de la autopista y tomó por un camino secundario. A los pocos minutos, otro vehículo, les adelantó y les cortó el paso.

Urdus se vio obligado a detenerse. Una maldición escapó de sus labios contra aquel inexperto conductor.

Pero, repentinamente, dos hombres saltaron del monorrueda y corrieron hacia ellos pistola en mano.

—¡Salgan, pronto! —ordenó Dorado.

Rick soltó una risita.

—La competencia por mi humilde persona es ferozmente encarnizada —comentó, con acento burlón.

Urdus y su acompañante se apearon, uno por cada lado. Urdus lo hizo por la parte contraria adonde se acercaban sus asaltantes.

Ello le permitió usar su pistola desintegrante. Schurdd se convirtió en humo.

—¡Levante las manos! —ordenó con voz metálica al superviviente.

Aterrado, Dorado obedeció. No era la primera vez que veía

funcionar un arma de aquel género, aunque sí a su potencia máxima. La desintegración de su compinche le dejó sin fuerzas para reaccionar.

Urdus le volatilizó la pistola de un segundo disparo, hecho con mínima energía. Dorado sudaba copiosamente.

—Ahora vuelva y dígle al señor Buckeridge lo que ha sucedido —ordenó Urdus, implacable—. Dígle también que en sus relaciones con nosotros no está incluida la persona del señor Miller. ¡Largo!

Dorado asintió y regresó al monorrueda. Instantes después, escapaba a toda velocidad, felicitándose por haber salido con vida del trance.

Urdus se volvió. Sus ojos se entrecerraron al ver a un hombre que se alejaba de puntillas, sin hacer ruido.

La pistola desintegró unos arbustos delante de Rick, quien se detuvo instantáneamente.

—No se pase de listo, Miller —gruñó Urdus—. Vuelva al coche.

Rick lanzó un suspiro de resignación.

—¡Qué lástima de ocasión desperdiciada! —se lamentó, a la vez que daba media vuelta para acatar la orden.

* * *

Fahjor sonrió complacido al ver entrar al joven en la estancia donde Thesia se hallaba sentada en un diván.

—Hola, Rick —saludó ella con voz afligida.

—¿Qué tal, muchacho? —dijo Fahjor, bonachón—. ¿Le han hecho daño mis subordinados?

—Según se mire, claro. Yo tenía que hacer algo muy importante...

—Aquí tiene también un importante papel que desempeñar, si bien en calidad de sujeto pasivo —aseguró Fahjor—. ¿Alguna dificultad, Urdus? —preguntó.

—En cierto modo. Dos de los hombres de Buckeridge trataron de apoderarse del señor Miller. Tuve que desintegrar a uno de ellos —informó Urdus.

Fahjor meneó la cabeza.

—Ese Buckeridge... Voy a tener que darle un buen escarmiento —masculló—. Pero eso será en otro momento. ¿Rick?

—Dígame, Fahjor.

—Tengo que hacer un cálido elogio de su inteligencia. Consiguió invalidar nuestro detector de ondas telepáticas, merced a un procedimiento que a nosotros no se nos había ocurrido siquiera.

—Listo que es uno —dijo Rick con sorna.

—Pero, como ha podido apreciar, Thesia ya está en nuestro poder. Usted también, es obvio.

—Sí, salta a la vista. ¿Qué nos va a pasar ahora?

—La gema que Thesia lleva en la frente no puede ser desprendida sin un procedimiento especial, que sólo puede ser realizado en Qunuus. Pero eso no me interesa ahora.

—Ella es una chica afortunada —sonrió Rick—. Siga, siga, se lo suplico.

—Usted causó el otro día unos destrozos indescriptibles en mi casa y mi nave no está en condiciones de vuelo. Algunos aparatos, como los de antidecección e invisibilización sí funcionan, pero sería arriesgado emplear la nave para un viaje por el espacio, aunque fuese muy corto.

Rick miró de hito en hito al individuo.

—Creo que empiezo a comprender sus propósitos, Fahjor —manifestó.

Fahjor asintió repetidas veces con la cabeza.

—Sí —confirmó—. Usted morirá si ella no quiere hacer funcionar el mando de control telepático de su astronave.

Rick volvió los ojos hacia la muchacha, que aparecía muy pálida.

—La decisión está en tus manos, Thesia —dijo.

—Debo ceder —admitió la muchacha con voz neutra.

—Aguarda un momento —pidió Rick—. Fahjor, usted quiere quedarse con la nave de Thesia.

—Ya lo he dicho —contestó el interpelado.

—Y se marchará del planeta.

—No. Simplemente, la tendré a mano, para cubrir mis necesidades. Espero, no obstante, poder reparar mi propia nave, pero eso me llevará algún tiempo.

—Si se queda con la astronave de Thesia, la condena a ella a quedarse en la Tierra.

Fahjor se encogió de hombros.

—Ese es su problema —contestó indiferentemente—. Aún es una mujer afortunada; debiera haberla dado muerte, pero respeto su vida. Y la de usted, Rick, si ella accede a lo que pido.

—Y usted dice que seguirá aquí...

—Sí, en la Tierra, hasta que encontremos el U.E.

De pronto, Rick se dio cuenta de un detalle. Lo había observado en más de una ocasión, pero, hasta entonces, no le había prestado la menor importancia, atribuyéndolo a un defecto de pronunciación de ciertas letras por labios habituados a hablar en otro idioma.

—Fahjor, haga el favor de repetir el nombre de mi planeta —pidió.

El qunuusita le miró extrañado.

—¿Por qué? —preguntó.

—Repítalo, se lo ruego —insistió Rick.

—Está bien. Fahjor se encogió de hombros—. Tierra —dijo.

Rick estudió atentamente los matices de la palabra en boca del qunuusita. Delante de la T sonaba, aunque muy débilmente, otra consonante.

—Ahora, ¿querría escribir el nombre tal como lo haría usted en su idioma, pero con letras del mío?

Fahjor y los presentes, incluida la muchacha, se sentían atónitos por la extraña petición del joven. Pero Fahjor accedió finalmente y entregó el papel a Rick.

—Lo que me suponía —murmuró el joven.

La palabra escrita en el papel era «DVIERRA».

—La D combinación DV en su idioma, suena como casi T, ¿no es cierto? —preguntó.

—Sí, así es —corroboró Fahjor.

—En tal caso, ¿están seguros de que éste es el planeta que buscan?

Hubo un momento de denso silencio después de las palabras de Rick. Sonriendo, Rick tomó el lápiz de los trémulos dedos de Fahjor y escribió seis letras en el papel.

—Esta es la grafía del nombre de mi planeta en mi idioma —dijo.

Fahjor leyó el nombre y lanzó un rugido.

Thesia chilló:

—*¡Nos hemos equivocado de planeta!*

* * *

Rick lanzó una estentórea carcajada.

—¡Vaya unos invasores! —comentó burlonamente—. Pensaban invadir un planeta... y aterrizaron en otro. A quien se le cuente una cosa semejante, no se le hará ningún favor ciertamente, porque le dará un ataque cardíaco, a consecuencia de la risa que le entrará.

—No se burle —gruñó Fahjor, de malísimo talante—. Esto es

más serio de lo que usted cree, Rick.

—¿De veras? Bueno, si ustedes buscaban un planeta llamado Dvierra y llegaron a la Tierra, aquí ya no hacen nada, porque no hay U.E.

—Es posible que tenga usted razón, pero, por el mismo motivo, ahora, más que nunca, queremos la nave de Thesia. Y, no lo olvide, Rick —habló Fahjor con dureza insólita—, la vida de usted está en las manos de ella.

—Traeré la nave —cedió la muchacha.

Fahjor consultó su reloj.

—De todas formas, para evitar inconvenientes, aguardaremos a la noche. Maxdol, hay que ir a comprar los materiales para la construcción de un nuevo cobertizo.

—Sí, señor —contestó el aludido.

Y salió de la estancia, sin más preguntas.

Fahjor abandonó también la estancia. Urdus quedó vigilando a la pareja.

Rick se sentó en el diván junto a la muchacha.

—Tenemos que hacer algo —dijo en voz baja.

—¿Podemos hacerlo, Rick? —dudó ella.

—No hay más remedio. Créeme, no me fío de Fahjor. Es muy capaz de matarnos, apenas tenga tu nave en su poder.

Thesia asintió.

—Yo también opino así —concordó—. Pero no se me ocurre ninguna idea...

—Thesia, hablando claro, me gustaría que te quedases en la Tierra.

—Pero yo tengo una misión que cumplir...

—Sí, es cierto —sonrió él—. Tienes una misión que cumplir como la esposa de Rick Miller.

Los ojos de Thesia se humedecieron.

—Oh, Rick, ¿hablas en serio? —preguntó.

—Hay ciertas cosas con las que no se puede bromear. Quiero casarme contigo.

—Yo también quiero casarme contigo, Rick. Estoy locamente enamorada de ti.

—Hasta ahora, lo has disimulado estupendamente —sonrió él.

—Es que tú no tienes ojos en la cara —dijo Thesia, enojada.

—Quizá tengas razón, pero debes convenir en que yo tenía demasiadas preocupaciones para fijarme en ciertos detalles.

—¿Y ya no las tienes?

—No han cesado aún —suspiró él.

* * *

La noche llegó y Fahjor hizo acto de presencia en la sala.

—¿Y bien, Thesia?

—Estoy dispuesta —contestó la muchacha—. Por favor, guarden silencio un momento.

Thesia se concentró. A los pocos momentos, abrió los ojos:

—La nave está en vuelo —anunció.

Fahjor sacó de su bolsillo una cajita apenas mayor que un paquete de cigarrillos, desplegó una antena telescópica y la contempló atentamente durante unos momentos.

—Es cierto —dijo al cabo—. ¿Cuánto tardará en aterrizar, Thesia?

—Treinta minutos, aproximadamente.

—Gracias —sonrió Fahjor, a la vez que se volvía hacia su esbirro—. Cumple mis órdenes, Urdus.

La pistola que Urdus sostenía en la mano derecha se puso horizontal y apuntó al pecho de Rick.

CAPÍTULO X

Una silla voló por los aires y se estrelló contra el pecho de Urdus, derribándolo por tierra antes de que tuviese tiempo de accionar el disparador.

Fahjor lanzó un grito de rabia y se inclinó sobre el arma, que se había desprendido de los dedos de Urdus. Un pie le golpeó en el costado con indescriptible violencia, proyectándole contra la pared más próxima.

Urdus empezaba a levantarse. Convertido en un torbellino, Rick agarró la silla y la hizo astillas sobre su cabeza.

Fahjor gruñía y jadeaba. Intentó levantarse, pero el puño de Rick chocó demoledoramente contra su mandíbula. Las protestas de Fahjor cesaron en el acto.

—Vámonos, Thesia —gritó Rick.

La chica no se hizo de rogar y corrió detrás de Rick. Cuando iban a salir, se abrió la puerta.

Atraído por el estruendo, Maxdol se disponía a entrar en la sala. Algo le atropelló con inaudita violencia y cayó al suelo.

Maxdol chilló cuando dos pares de pies tomaron su cuerpo por el pavimento. Uno de ellos, especialmente, se apoyó en su nariz y, a partir de aquel momento, perdió todo interés por los acontecimientos.

Rick y la muchacha continuaron su fuga. Como en la ocasión anterior, Fahjor había alquilado una casa fuera de la ciudad. Rick no sabía dónde se encontraba, aunque, en el horizonte, divisó una hilera de luces que le indicaron la relativa proximidad de una autopista.

Había un monorrueda en las inmediaciones. Rick se disponía a abrir la portezuela, cuando Thesia llamó su atención:

—Aguarda un momento —rogó.

La muchacha se concentró por segunda vez. Rick esperó pacientemente.

Thesia sonrió segundos más tarde.

—Ya está —dijo.

—¿Qué has hecho? —inquirió el joven.

—Sencillamente, he devuelto mi nave a su órbita de estacionamiento allá arriba.

—Magnífico —aprobó Rick.

Pero ya dentro del monorrueda y mientras corrían en busca de la autopista, se sintió asaltado por ciertas aprensiones.

—Thesia, ahora que vuelves a ser la dueña de tu nave, ¿no irás a emprender el regreso a Qunuus?

Ella apoyó la cabeza tiernamente en el hombro del joven.

—Eso puede esperar —dijo—. Y la misión que me confiaron, también —añadió.

—Al menos, no podrás quejarte de que no has conseguido invadir un pedacito de la Tierra —exclamó él.

—¿Sí, querido?

—Mi corazón. Lo has invadido y es tuyo.

—Párate, Rick —pidió ella de pronto.

Rick obedeció. Ella le echó los brazos al cuello y le besó.

—Te lo mereces —dijo, con ojos muy brillantes.

Rick lanzó una alegre carcajada, mientras ponía nuevamente en marcha el monorrueda.

—Thesia, vendrás conmigo al R-G-19, supongo —dijo.

—Eso se da por descontado —respondió la muchacha llanamente.

* * *

La boda se celebró a la mañana siguiente, con el máximo de sencillez y con el señor y la señora Calloway como únicos testigos. Después de la ceremonia, Hazel Calloway, en cuyo cuerpo se advertían claros síntomas de la próxima maternidad que su esposo había anunciado a Rick semanas antes, consiguió un aparte con el joven.

—Rick, Thesia me parece una muchacha encantadora —dijo—. Pero tendrás que perdonar mi curiosidad femenina. ¿Qué es ella?

—Oh, tiene un trabajo muy poco corriente en la Tierra —respondió él, muy serio—. Es una invasora.

Hazel se echó a reír.

—Tu buen humor fue siempre muy envidiable, Rick —manifestó—. ¿Oyes, Kent? Rick dice que Thesia es una invasora de la Tierra.

—No, yo he dicho solamente que es una invasora, no precisamente de este planeta. Lo que pasa es que Thesia es algo despistada y se equivocó de objetivo, cosa de la que me congratulo de todo corazón.

Hazel meneó la cabeza.

—Siempre serás el mismo —dijo, de buen humor—, Pero, de todas formas, os deseo a los dos mucha felicidad.

—La luna de miel en el R-Q-19, ¿eh? —dijo Calloway.

—Allí vamos, Kent —contestó el joven.

Dos horas más tarde, Rick y Thesia, flamantes esposos, subían a bordo de la astronave.

—Lo siento por ti, nena —dijo Rick, mientras el ascensor le llevaba a la escotilla de acceso—. Mi nave es pequeña y lenta comparada con la tuya.

—Querido, dos recién casados no necesitan mucho espacio —dijo la chica, mirándole con ternura.

—Una respuesta muy acertada —convino él, a la vez que abría la escotilla externa.

Y, para celebrar la boda como se merecía, entró en brazos a la joven. Thesia llevaba todavía en las manos el ramo de novia.

Rick dio unos pasos en el interior de la nave. De pronto, se detuvo, petrificado al ver las dos pistolas que les apuntaban.

Entre las pistolas, aunque algo retrasado respecto a ellas, estaba Buckeridge.

—Bienvenido a bordo —saludó el individuo con ficticia

jovialidad—, Y felicidades por el matrimonio.

* * *

Rick se puso serio. Thesia palideció.

—¿Puedo saber qué es lo que quiere usted, Buckeridge? —preguntó Rick, tras unos instantes de silencio.

—Dos cosas: primero, que deje a su esposa en el suelo. Segundo: que firme unos documentos que le voy a presentar ahora mismo.

—Puedo negarme...

¡BLAM!

La escotilla se cerró de golpe a espaldas de la pareja, cortando en seco las palabras de Rick.

—Acabo de insonorizar la nave —dijo Buckeridge—. Los disparos no se oirán desde el exterior y sus cadáveres serán lanzados al espacio dentro de unas horas.

Hizo una corta pausa para acentuar el énfasis amenazador de sus palabras y añadió:

—Esta vez está atrapado, Miller; la evasión es imposible. Y no querrá que le suceda nada a su joven y linda esposa, ¿verdad?

Thesia se apretujó instintivamente contra Rick, a la vez que le miraba, como si le pidiera consejo. El joven tenía las facciones contraídas.

—¿Cuáles son sus proyectos, Buckeridge? —preguntó al cabo.

—La nave y el asteroide. Quince millones por todo, cargamento incluido —respondió el sujeto sin pestañear.

—Quince millones —repitió Rick, meditabundo—. No es alquiler ni cesión temporal, sino plena propiedad.

—Justamente —corroboró Buckeridge.

—Y tendrá todos los documentos preparados.

Buckeridge señaló una pequeña mesa, sobre la que se veía una costosa cartera de cuero natural.

—Ahí los tengo —dijo.

—Pero me asalta una duda —alegó Rick.

—Hable, por favor, Miller.

—¿Quién me garantiza que, una vez haya firmado, no ordenará usted a sus esbirros que me asesinen?

Buckeridge le dirigió una mirada de desprecio.

—Sólo lo haría en caso necesario, es decir, si usted se negase a firmar —contestó.

—Entonces, no tendría la propiedad del R-Q-19 —dijo Rick.

—Su firma, en el peor de los casos, se puede falsificar. Y en cuanto a sus cuerpos... ¿Doctor Londers?

Un sujeto descendió del piso superior de la nave. A Rick le desagradó la cara del individuo en el acto. «Alcohólico crónico», diagnosticó mentalmente en el acto.

—Les presento al doctor Londers —dijo Buckeridge—. Si tuviera que verme en la desagradable necesidad de «recomponer» sus cadáveres tiroteados, él lo haría con gran competencia y esmero y todos supondrían que habrían muerto por descomposición. El doctor Londers posee una gran experiencia forense, créanme.

—Y como catador de vinos también —dijo Rick con sorna—. De modo que nos garantiza la vida.

—Un minuto después de que haya firmado, podrán salir por la puerta sin inconveniente alguno —aseguró Buckeridge solemnemente—. Con el cheque en su poder, claro está. Será un buen regalo de bodas —añadió con una risita.

Rick movió una mano.

—Vengan los documentos —pidió.

Buckeridge se los entregó con sonrisa complacida. Rick los repasó rápidamente y luego, sin titubear, firmó.

El cheque pasó a su poder. Rick comprobó que la cifra era correcta.

—Amigo, el R-Q-19 y la nave son suyos —dijo.

Buckeridge echó un vistazo a las firmas. De pronto, lanzó una exclamación:

—Eh, ¿qué significan estas dos iniciales a continuación de su firma? Leo una C. y una F...

—Son las iniciales de una orden a la que pertenezco desde hace algunos años. Tengo derecho a expresarlo así a continuación de mi nombre.

Buckeridge miró atravesadamente al joven durante unos segundos y acabó por encogerse de hombros.

—Está bien, las firmas son auténticas y eso es lo que importa —dijo—. Peter, abre.

La compuerta exterior se abrió. Rick y Thesia descendieron en el ascensor hasta el suelo.

La torre se retiró lentamente, indicio seguro de una próxima partida de la astronave. Efectivamente, minutos más tarde, la nave se alzaba con gradual rapidez, hasta desaparecer en el espacio pocos momentos después.

Thesia se apoyó en el hombro de su esposo y lloró desconsoladamente.

—¡Oh, Rick! Tanto tiempo luchando y ahora, en unos segundos, ese forajido te deja en la calle...

Rick sonreía divertidamente.

—¿De veras lo crees así, cariño? —preguntó.

—Rick, no es para tomarlo a broma —protestó la chica.

—Mi nave tarda casi cuatro semanas en llegar al R-Q-19 —dijo él—. ¿Cuánto tardaría la tuya en recorrer esa misma distancia?

—Pues... aún sin el U.E., una hora, dos todo lo máximo. Pero hay un inconveniente, Rick.

—¿Cuál es, cariño?

—La escasez de combustible. Si no consigo encontrar aunque sólo sean cincuenta o sesenta gramos de U.E., no podré regresar jamás a Qunuus.

Rick se sintió abrumado al conocer la noticia.

—Y yo que cedí tan fácilmente, contando con tu nave —se lamentó—. ¿Es que no tienes bastante para ir y venir del asteroide?

—Si quieres rapidez, consumirás más combustible. La vuelta, en tal caso, resultaría problemática.

Los brazos del joven se alzaron al cielo.

—¡Qué manera de invadir un planeta! Ni siquiera han tomado precauciones para una retirada satisfactoria, en caso de derrota —clamó.

CAPÍTULO XI

Habían transcurrido tres o cuatro días.

Rick se paseaba como león enjaulado por la sala de su departamento, mientras Thesia hacía cálculos sin cesar, unas veces con lápiz y papel y otras con la ayuda de una pequeña computadora que el joven le había comprado a petición suya. El rostro de la chica no expresaba precisamente optimismo.

Al cabo de un buen rato, Thesia levantó la cabeza y le miró desanimadamente.

—Lo siento, Rick. Es posible, pero tardaríamos demasiado tiempo —declaró.

—¿Por qué?

—El acoplamiento de un generador terrestre produciría grandes problemas y no sólo de espacio, sino de situación de los instrumentos de control y medida. Tendríamos que sacar los generadores de mi nave y hacer una serie de modificaciones casi totales en la estructura. Además, hay aleaciones en mi nave que no pueden ser tratadas por los procedimientos conocidos en la Tierra: cortar metales, fundirlos para darles nueva forma... Aunque el aparato quedase convertido en lo que aquí llamáis una cafetera y, aun así, pudiera funcionar, pasarían, al menos, dos meses, antes de que pudiéramos despegar.

—Y en la mitad de ese tiempo, Buckeridge y los suyos habrán llegado ya al R-Q-19 —dijo él, ceñudo.

—Resulta lastimoso admitirlo, Rick, pero así es. Aunque se me ocurre una pregunta.

—Dime, cariño.

—En medio de todo, Buckeridge no se portó tan desconsideradamente. Eres rico. ¿Por qué no abandonas...?

—¡Jamás! —replicó él con energía—. Ya no se trata del dinero, sino de que me han robado algo que me pertenecía legítimamente. De todas formas, cuando vuelvan del R-Q-19, se van a encontrar con un

buen pleito.

—No conseguirás nada. Tus firmas...

—Mis firmas, llevan, a continuación, las iniciales C.F., que, en latín, significan *Coactus fecit*. Lo hice bajo coacción, —tradujo—. Puede que no sirva de prueba definitiva ante un tribunal, pero Buckeridge es conocido y no precisamente por su filantropía. Se armará una buena, créeme, cariño.

Thesia suspiró.

—Sí, al menos, hubiera conseguido el *ultraenergium* —dijo melancólicamente—. Pero aquel bandido de Truxner me engañó de una forma miserable...

Rick detuvo de repente sus paseos y la miró a la cara.

—Thesia, ¿guardas todavía aquella muestra del supuesto U.E.? —preguntó.

—Sí, por mi bolso debe andar todavía. Lo conservo como recordatorio de una enorme tontería —confesó ella.

Thesia se levantó, hurgó en su bolso y sacó el trozo de plomo chapado en lo que parecía oro blanco. Rick sonreía, mientras hacía saltar el fragmento de metal en la mano.

—Cariño, recordar el timo que te hizo Truxner, puede que sea tu salvación —dijo—. Voy a salir y tú te quedarás aquí, esperándome. No abras a nadie por ningún motivo, sea quien sea y cualquiera que sea el pretexto que formule para visitarte. ¿Me has entendido?

—Sí, Rick, pero, ¿adónde vas? —quiso saber Thesia, muy intrigada.

—A buscar combustible para cargar los generadores de tu nave —contestó él resueltamente, a la vez que abría la puerta.

* * *

El individuo meneó la cabeza dubitativamente.

—No sé, no sé... —rezongó—. Lo que me pide usted, capitán Miller, es algo que se sale fuera de lo común...

—También es fuera de lo común el fajo de billetes que te he enseñado, «Lanudo» —contestó Rick—. Hay veinte de cinco mil. ¿Te parece poco?

Cary Roberts, (a) el Lanudo, precisamente por la falta de pelo en su cráneo, cejas y mentón, torció el gesto.

—Añada diez más, hombre —pidió—. Cuando a un hombre le interesa una cosa, y puede pagarla, no debe regatear la «pasta». A mí me va a costar más de cien mil, créame.

—Lanudo, empleas unos argumentos irresistibles, porque de los ciento cincuenta mil, cien mil no serán para el contrabandista, sino para ti, o no te conozco bien. Pero no me importa en absoluto; tráeme la mercancía y, recuerda, no puedes darme menos de cien gramos. De lo contrario, no hay trato.

—De acuerdo. Quédese aquí y aguárdeme, capitán.

Roberts se levantó. La conversación había tenido lugar en uno de los rincones más apartados de una taberna. Rick conocía bien aquellos ambientes.

El confidente le llamaba capitán. Era una costumbre, aunque Rick no poseía realmente tal título, si bien podía mandar una astronave. A fin de cuentas, cuando viajaba por el espacio era el capitán de su propia nave.

Una rolliza camarera, de amplio busto y abundantes caderas, se acercó a la mesa y apoyó una mano en ella. La otra quedó en su carnoso tallo.

—¿Le sirvo otra copa, capitán? —preguntó.

—No, gracias, ya he bebido bastante, guapa —contestó el joven, sonriendo.

—Lástima, le hubiera convenido otra copa. —Ella bajó la voz de repente—. Cuidado con los dos tipos del otro rincón; hace rato que le miran demasiado, capitán.

Rick pegó un respingo. La camarera, en el mismo tono, añadió:

—Más de uno ha amanecido con un cuchillo entre las costillas y los bolsillos vacíos. De todas formas, me extraña que traten de meterse con usted, capitán.

—¿Por qué, hermosa?

—A ellos les gustan las víctimas fáciles. Eso es lo que no me acabo de entender, pero, de un modo u otro, tenga mucho cuidado, capitán.

Rick sacó un billete de a cien y lo puso al alcance de la mano de la camarera.

—Te lo has ganado, preciosa.

El billete desapareció en el vasto escote de la mujer, que se retiró, llevándose los vasos vacíos. Rick estudió directamente a los dos sujetos.

Creía comprender los motivos de la vigilancia de que era objeto.

—Buckeridge no descuida un detalle —murmuró.

El Lanudo vino instantes más tarde, y puso un bulto envuelto en simple papel en manos del joven. Rick lo sopesó especulativamente.

—¿Cuánto hay? —preguntó.

—Ciento doce gramos —respondió el confidente.

Por el peso, comparado con el volumen, parecía justamentelo que el joven había pedido. El dinero cambió de mano.

—Gracias, Lanudo —se despidió el joven.

—Suerte, capitán Miller.

Rick salió a la calle. Hacía rato que había anochecido ya.

Caminó con tranquilidad, como si deseara provocar el encuentro con los dos rufianes. Al cabo de unos minutos, dobló una esquina y se metió por una calle poco iluminada y escasamente transitada.

Sus perseguidores entraron también en la calleja. Rick moderó su paso, hasta detenerse del todo.

Entonces, uno de los rufianes cargó sobre él, blandiendo un cuchillo de pavorosas dimensiones.

Rick giró en el último instante y agarró te muñeca armada. Hizo un seco movimiento de torsión y el cuchillo se clavó hasta la empuñadura en el pecho del atacante.

Se oyó un gruñido de agonía. El rufián tosió agónicamente y cayó de rodillas, tratando de arrancarse el acero de la carne. Pero las fuerzas le fallaron de pronto y rodó por el suelo.

El otro, aturdido por la rapidez del contraataque, se había desconcertado y parecía perplejo, sin saber qué hacer. Antes de que reaccionase, Rick saltó sobre él, le agarró por el brazo derecho y lo retorció a la espalda.

—Te lo romperé si no hablas —amenazó torvamente.

El rufián lanzó un gemido.

—No, no... lo diré todo... —jadeó.

—Alguien os pagó por quitarme de en medio, ¿verdad?

—Sí —admitió el forajido.

—Su nombre —exigió Rick.

—Tru... Truxner... Nos dio mil... a cada uno...

Rick hizo un rápido cálculo de tiempo. ¿Había descubierto Buckeridge lo que significaban las iniales C.F.?

Era muy probable, se dijo. Había un médico a bordo y debía de conocer el latín. Por tanto, Buckeridge habría enviado un espaciograma a su fiel gerente.

Lo que significaba, sin duda, que le había perdonado el suministro de combustible a la nave. Pero éste era un detalle de poca importancia.

Estuvo a punto de estrellar al sujeto contra la pared, pero, de repente, concibió una idea mejor.

—Escucha, te voy a dejar libre; incluso te daré mil más, pero harás exactamente lo que yo te diga —manifestó—. Si tratas de engañarme, acompañarás a tu compinche en su viaje al infierno. ¿Estamos?

—Haré lo que usted diga —prometió el rufián sin vacilar.

Unos minutos después, el sujeto hablaba con Truxner desde una cabina videofónica.

—Asunto liquidado —manifestó.

Rick estaba a un paso de distancia, fuera del objetivo de la cámara. Pudo ver de soslayo la cara de Truxner y escuchó su respuesta con toda claridad:

—Está bien, eso es todo. Olvídeme, amigo.

—Nunca le he visto —rió el sujeto sin entusiasmo.

Cortó la comunicación y se volvió hacia el joven.

—¿Lo he hecho bien? —consultó, ansioso.

—Has cumplido tu palabra. Lárgate —ordenó.

El rufián echó a correr sin dejar que se lo repitieran dos veces. Rick sacó del bolsillo la mercancía que le había entregado el Lanudo y lanzó una alegre carcajada.

—¡Espéranos, R-Q-19! —exclamó, rebosante de júbilo, pero, más que nada, porque se imaginaba la cara que pondría Buckeridge cuando llegara al asteroide y viera que ellos se le habían anticipado.

Contento por la solución que se le había ocurrido, emprendió el camino de regreso a su casa, ignorante de la sorpresa que le aguardaba.

CAPÍTULO XII

El gas penetró insidiosamente a través de la cerradura. Thesia lo advirtió demasiado tarde.

Tenía un olor ligeramente picante, aunque no desagradable. Cuando quiso contener la respiración, el gas empezaba ya a hacer sus efectos en el organismo de la muchacha.

Momentos después, se abrió la puerta. Fahjor zur-Queddon, seguido de sus fieles esbirros Urdus y Maxdol, entró en el piso.

Los tres iban provistos de sendas mascarillas, que eran poco mayores que la nariz. Thesia estaba sentada en el sillón, completamente rígida, aunque respiraba normalmente y tenía los ojos abiertos.

—¿Me conoces, Thesia? —preguntó Fahjor.

—Sí, eres Fahjor —contestó ella con voz átona.

Fahjor se volvió hacia sus esbirros, con la sonrisa en los labios. Maxdol y Urdus también sonrieron.

—Ha sido una buena idea —aprobó el primero.

—Como todas las mías —dijo Fahjor, petulante.

Yacto seguido, se encaró con la muchacha.

—Thesia, ¿recuerdas el edificio donde nos encontramos la última vez? —preguntó.

—Sí, perfectamente.

—Bien, en tal caso, usa tu control telepático y haz que tu nave aterrice junto a ese edificio. ¿Me has entendido?

—Sí.

Hubo un corto intervalo de silencio. Luego, Thesia, de pronto, dijo:

—La nave ha abandonado su órbita de estacionamiento y se dirige hacia la Tierra.

—Gracias, eso es suficiente. Y ahora, para que no puedas jugarme una mala pasada...

Fahjor hizo una señal y Maxdol le entregó abierto un pequeño maletín que llevaba en las manos.

—Cierra los ojos, Thesia —ordenó Fahjor.

La chica obedeció. Fahjor disparó sobre el brillante que ella tenía en la frente un chorrito de vapor azulado, por medio de un cilindro de metal, terminado en punta.

Al terminar, entregó el cilindro a Maxdol y tomó unas pinzas. Esperó cosa de un minuto y luego, cuidadosamente, desprendió el brillante de la epidermis de la muchacha.

Unas gotas de sangre brotaron de aquel punto. Fahjor colocó sobre la pequeña herida una tira de cinta adhesiva y, acto seguido, se puso en pie.

—Ya está, vámonos —dijo.

Segundos más tarde, el trío había desaparecido.

* * *

Rick abrió la puerta de la casa y lanzó un alarido:

—¡Thesia, ya tengo el...!

La voz de Rick se quebró de repente, al ver a la muchacha tendida sobre el diván, con aspecto de hallarse indispuesta. Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado, cogiéndola de las manos.

—Thesia —llamó ansiosamente—. Contéstame. ¿Qué te sucede?

Ella abrió los ojos.

—Rick... Fahjor y los suyos han estado aquí —dijo con voz muy débil.

El joven se fijó entonces en la tela adhesiva que Thesia tenía sobre la frente.

—Te han quitado el multiplicador de ondas cerebrales —

adivinó.

—Sí. Lo siento... No pude evitarlo... Lanzaron un gas narcótico a través de la cerradura y me obligaron...

Rick apretó los labios.

—Me gustaría desahogarme con un par de buenas palabrotas —masculló—. Y ahora que ya había conseguido el U.E. —añadió, furioso.

—Ya no nos sirve para nada, Rick —se lamentó Thesia.

—Explícame cómo ha sucedido la cosa —pidió él.

Thesia habló durante unos momentos. Al terminar, Rick se quedó muy pensativo.

—Lo primero que necesitas es una copa —decretó—. Un remedio típicamente terrestre, pero efectivo en ocasiones. De modo que despegaron el brillante de tu frente.

—Sí, Rick.

—¿Te hicieron daño?

—No. Fahjor empleó un líquido disolvente especial, que evita el bisturí.

—¡Qué tío! —exclamó él, admirado—. Sin ese diamante, claro, no puedes multiplicar la potencia de tus emisiones telepáticas.

—Así es, querido —reconoció ella,

Rick meditó unos instantes. De pronto, inquirió:

—¿Resultaría peligroso si levantase el apósito que llevas puesto, Thesia?

—Oh, no, en absoluto; incluso, si lo deseara, podría llevar la señal al descubierto. Fahjor lo hizo para evitar que saliera más sangre, aunque sólo brotaron algunas gotas.

Rick levantóla tirade tela adhesiva. En la frente de la muchacha había un pequeño hueco de unos quince milímetros de diámetro, por dos de profundidad.

En el interior del hueco, la piel se veía enrojecida, pero sin señales de graves daños. Mientras él contemplaba la señal, Thesia dijo:

—Dentro de un par de semanas, mi frente habrá recobrado por sí sola su aspecto normal, Rick.

—Estupendo —contestó él—. Pero, por lo que yo sé, el diamante que tú llevabas era de tipo corriente, más o menos como los de la Tierra.

—Rick, en todos los planetas, los diamantes son iguales, aparte de su tamaño y su talla, y de análogas características —declaró Thesia.

—Ah, muy interesante. ¿Interviene la talla en algo para la multiplicación de ondas telepáticas?

—No. Lo que interesa es que éstas pasen a través del diamante. Por supuesto, todo depende, como puedes comprender, de la intensidad electroencefalográfica del sujeto.

—Por lo que yo sé, la de Fahjor es muy baja. A él, un diamante en la frente, aunque fuese gordo como el puño, no le serviría de nada.

—Sí, Rick.

El joven sonrió.

—Y, dime, si no se trata de metal, otra sustancia, la tela, por ejemplo, no afecta a su poder amplificador, ¿verdad?

—No, claro que no, aunque... ¿adónde quieres ir a parar?

Rick tomó una de las manos de la muchacha, en uno de cuyos dedos lucía una sortija, con un grueso brillante.

—Y me llamaste derrochador cuando te la regalé —dijo.

Los ojos de Thesia brillaron.

—¡Rick! Es cierto —exclamó—. Este brillante puede servir...

—Y como yo no sé insertarlo en la piel de tu frente, me limitaré a sujetarlo con una cinta adhesiva, en el hueco que ocupaba el anterior. Después de bien desinfectado, claro está.

Thesia se levantó de un salto, se echó al cuello del joven y le besó con fuerza.

—Pero, qué hallazgo he hecho yo al encontrarte a ti —dijo, radiante de satisfacción.

Rick devolvió el beso de muy buena gana. Luego dijo:

—Cariño, creo que debemos dejar las efusiones para otro momento, ¿no te parece?

—Sí, tienes razón. Thesia consultó su reloj—. Rick, date prisa; faltan menos de diez minutos para que mi nave aterrice en el lugar donde ordenó Fahjor.

* * *

La nave se hizo visible de pronto, bajo la luz de la luna. Su casco brillaba con reflejos plateados. Eran más apagados, sin embargo, que el brillo que aparecía en los ojos de Fahjor.

—Bien —dijo—, al fin lo hemos conseguido.

Automáticamente, las patas del tren de aterrizaje salieron del vientre de la nave y tocaron el suelo unos segundos después. Del mismo modo, se abrió la escotilla y se desplegó la escalera de acceso.

Fahjor y sus acompañantes estaban a quince o veinte pasos de distancia y avanzaron hacia la nave.

—Sin prisas, muchachos, sin prisas —dijo Fahjor, con fingido tono de mesura—. Ya no hay nadie que nos arrebatte nuestra presa.

Su pie derecho se levantó y fue a apoyarse en el primer peldaño. En el mismo instante, la escalera se retiró a cuatro o cinco pasos de distancia, junto con la nave, y Fahjor se vino de bruces al suelo.

—¿Eh, qué diablos ha sucedido? —dijo de mal talante, mientras sus secuaces se disponían a ayudarle a levantarse.

Rezongando entre dientes, Fahjor se acercó de nuevo a la astronave. Cuando ya alcanzaba la escalera, el aparato dio otro saltito.

La interjección que soltó Fahjor en su idioma escandalizó incluso a sus propios subordinados. Pese a la situación, Maxdol se sintió incapaz de contener una risita.

La nave saltó ahora lateralmente.

—Corred, estúpidos —chilló Fahjor—. Uno de vosotros, por lo menos, tiene que entrar en la nave y apoderarse del mando manual.

Urdu y los demás se dispersaron, corriendo alocadamente en torno a la movediza astronave, que parecía haber cobrado vida propia. A unos doscientos pasos de distancia, Rick dio un suave pellizco a su esposa.

—Está bien, nena; ya nos hemos divertido bastante —dijo.

Thesia llamó a la nave. Estupefactos, Fahjor y sus secuaces la vieron levantar el vuelo, describir una parábola y tomar tierra al otro lado de una hilera de árboles.

Fahjor comprendió en un instante lo que ocurría.

—Están allí —gritó.

—¿Quiénes? —preguntó Maxdol inocentemente.

—Ellos, estúpido. Hay que impedir que se escapen con la nave. Tienes una pistola desintegrante, ¿no?

Maxdol echó a correr sin demasiado entusiasmo. Thesia y el terrestre empezaban a caerle simpáticos.

Además, había perdido la fe en su jefe, sobre todo, después de que supo que se había equivocado de planeta. Sí, era cierto que en la Tierra o en sus inmediaciones, había *ultraenergium*, pero Maxdol había empezado a conocer la forma de vida de los terrestres.

Incluso había especulado con las posibilidades de una deserción. La Tierra no era un planeta para ser invadido. Sí, tenía sus conflictos, sus problemas, existía el vicio... pero también la virtud. Y los terrestres, por otra parte, se sentían muy capaces de gobernarse a sí mismos, sin injerencias ajenas.

Por dicha razón y, aunque tuvo a tiro a la pareja, cuando ya se disponían a entrar en la nave, falló deliberadamente el disparo.

—No se ve bien —se disculpó, cuando Fahjor, jadeante y sin aliento, le dio alcance.

Fahjor volvió a emitir otra interjección típicamente qunuusita. Luego, un tanto resignado, dijo:

—No importa. La nave de Thesia nos hubiera ahorrado un poco de trabajo, eso es todo. Pero los daños que sufrió la nuestra no son irreparables, ni mucho menos. ¡Vamos, manos a la obra!

Thesia regresó de las profundidades de la nave, vestida con el mono de tejido especial que debía usar para recargar los generadores y Rick la ayudó a quitárselo.

—Listo —anunció, satisfecha—. Ahora hay combustible para unos dos mil doscientos años luz.

—Una maravilla —murmuró él—. Lo que ganaríamos nosotros, si pudiéramos disponer de una nave como ésta.

—Quizá algún día... pero ya hablaremos por el camino, Rick. Tenemos prisa, ¿comprendes?

—¿Prisa? Ninguna, cariño —contradijo Rick—. A Buckeridge y sus muchachos les quedan todavía veinte días de viaje, por lo menos.

—Pero debemos estar en el R-Q-19 antes de que lleguen ellos —alegó Thesia.

—Indudablemente. Sin embargo, olvidas dos cosas.

—Di mejor que las ignoro, Rick. ¿Cuáles son?

—En primer lugar, yo no tengo equipo de ninguna clase. Por tanto, debo adquirirlo: trajes espaciales, víveres, máquinas, herramientas... en fin, ya me entiendes.

—Sí, Rick. Pero has hablado de otra cosa...

El joven se tendió a la bartola en un amplio diván que había en la sala de descanso de la nave.

—Me hacen falta doce horas seguidas de reposo —declaró—. He llevado unos días muy ajetreados y necesito descansar.

Thesia se sentó a su lado y le dirigió una cálida sonrisa.

—Es una propuesta que comparto plenamente, querido —dijo, a la vez que se inclinaba sobre él para besarle.

La nave estaba suspendida en el espacio, invisible e indetectable. Y ellos se hallaban solos a bordo de la nave, sin prisas por llegar al asteroide R-Q-19.

CAPÍTULO XIII

—¿Crees que es hora de partir, Rick? —preguntó Thesia, unos días más tarde.

—Sí, cuando gustes..., pero maneja con cuidado; no me gustaría romperme las narices contra un pedrusco de los que abundan en el cinturón de asteroides.

—Ni te enterarías siquiera, pero los sistemas anticolidión de mi nave son perfectos —dijo ella.

La nave aceleró con cierta lentitud. Sentado en la cabina de mando junto a su esposa, Rick dijo:

—Después de esto, puede que vuelva a la Tierra a cargar tu nave de mercancías para venderlas en Qunuus. Imagínate el éxito que tendríamos: perfumes, telas y objetos de adorno, sobre todo. Ya me veo abriendo unos grandes almacenes en el lugar más céntrico de la capital y a la policía qunuusita conteniendo a duras penas a los clientes, principalmente mujeres, ávidos de comprar productos terrestres. Y los comentarios entre las amigas: «Este perfume terrestre es divino»... «He comprado un vestido que es un sueño»; «Mira, querida, qué cerámica tan hermosa...»

—Temo que estés un poco equivocado, Rick —dijo Thesia.

—¿Tú crees? —preguntó él.

—Yo no digo que a las mujeres de Qunuus no nos gusten los productos terrestres, pero, en primer lugar, conocemos infinidad de otros planetas y sus productos, lógicamente.

—Ah —dijo Rick, repentinamente desinflado—. Claro, los productos de la Tierra no serían novedad para vosotros.

—¿Por qué no? Pero nuestro sistema de vida es enteramente diferente del vuestro. Puede decirse que no existe la ambición, ni la codicia, ni la envidia... porque, como se tiene de todo, no se necesita de nada.

Rick se volvió de costado en el sillón y la miró fijamente.

—Lo que se dice un paraíso, vamos —exclamó—. Pero no todo

lo que has dicho es cierto, cariño.

—¿Cómo que no...?

—Un caso como el de Fahjor echa por tierra todas tus maravillosas teorías acerca del paraíso que es Qunuus. A Fahjor no le ha impedido su educación, que imagino semejante a la tuya, recurrir al crimen, cuando lo ha estimado necesario. Y aún ahora, si pudiera echarnos la mano encima, nos retorcería el pescuezo.

—Sí, tengo que admitir que tienes razón —suspiró ella—. Por eso yo trato de frustrar sus planes. Fahjor y su partido quieren la guerra y no sólo como elemento expansionista, sino como medio de dar salida a sus instintos agresivos. Por eso son adversarios míos, porque yo pertenezco al que en la Tierra llamaríais partido pacifista.

Rick levantó los brazos al cielo.

—Los que planean la invasión de un planeta, se llaman a sí mismos pacifistas. ¿Cómo serán los otros? —clamó.

—Es que en nuestras invasiones no empleamos nunca las armas, sino el amor y la persuasión —alegó Thesia.

—Tú dijiste una vez que habías venido a invadir la Tierra. Pero luego resultó que te habías equivocado. ¿Qué hay en Dvierra que merezca vuestra atención?

—Es un planeta en estado primitivo y con frecuentísimos conflictos bélicos. Nosotros tratábamos de invadirlo para convencerles de la necesidad de deponer las armas.

—¿Lo hubierais conseguido?

—Difícilmente, pero lo habríamos logrado. No es el primer planeta que pacificamos.

—Sois unas gentes maravillosas —exclamó Rick—. Tal vez eso hubiera dado resultado en la Tierra hace cien años, pero ahora vivimos bastante bien. Hombre, siempre hay una guerrita, pero ya no ocurre como antes, en que los conflictos eran horribles. Y dices que Fahjor y los suyos pertenecen al partido belicista.

—Sí, porque ellos invadirían Dvierra para explotar sus riquezas, sin importarles matar a gran número de dverrestres, si fuese necesario.

—Y, por dicha razón, necesitan el U.E.

—Exactamente; y lo necesitan para dos cosas: combustible para las naves y carga explosiva para sus torpedos de ataque.

Rick silbó.

—No sabía que el U.E. pudiera convertirse en explosivo —dijo—. Entonces, esos ciento diez gramos que llevamos a bordo...

—Podrían borrar la vida de todo género en un área de dos o trescientos kilómetros de radio. Basta una simple alteración del peso atómico del U.E., fácil de conseguir, incluso con los medios de que dispongo a bordo, para convertirlo en explosivo que vosotros, en la Tierra, llamaríais ultranuclear.

El joven se pegó una palmada en la frente.

—Y yo que creía...

Pero se interrumpió de repente y Thesia le miró intrigada.

—¿Qué es lo que tú creías, Rick? —preguntó.

—No, nada, cariño, no me hagas demasiado caso —contestó él—. Pero tienes que convencerte de que no se puede ir por ahí invadiendo planetas, para persuadir a sus habitantes de que adopten nuestros métodos de vida, porque son los mejores. Eso es algo a lo que ellos deben llegar por sus propios medios y convenciéndose de que es lo mejor, sin necesidad de estímulos externos, que pueden resultar contraproducentes.

—Sí, quizá tengas razón —murmuró ella, muy pensativa—. De todas formas —agregó con súbita vehemencia—, ésta ha sido mi primera misión y, espero, será la última.

—A partir de ahora sólo tendrás una misión que cumplir en este mundo: ser la señora Miller —sonrió él, atrayéndola contra su pecho.

—La misión más atractiva que habría podido desear —confirmó Thesia, ofreciéndole sus labios.

* * *

El R-Q-19 estaba a la vista.

Thesia maniobró hábilmente para posarse en el lugar indicado por Rick. Desde las alturas, se veían negros y profundísimos cañones y afilados picos, que parecían ir a destrozar la astronave en cualquier momento. Era un paisaje torturado, resultado de las convulsiones plutónicas sufridas por el asteroide millones de años antes, tal vez cuando el planeta de que formaba parte, incapaz de resistir las tensiones gravitatorias internas, unidas a las fantásticas presiones internas, motivadas por las materias en función, explotó en cientos de millones de pedazos.

Thesia guió a la nave a lo largo de un angosto cañón, de unos seiscientos metros de profundidad, por varios kilómetros de longitud. De pronto, salieron a un lugar algo más llano, donde el terreno parecía despejado.

Era sólo una simple apariencia; no había un solo palmo de suelo absolutamente liso en el asteroide. Pero era indudable que allí podrían desenvolverse mejor.

De pronto, Thesia lanzó una exclamación.

—¡Rick, el detector orgánico señala la presencia de seres humanos en el asteroide!

El joven saltó en su asiento.

—¿Cómo? ¿Es que Buckeridge y los suyos se me han anticipado? —bramó.

—No, hombre, ¿cómo hubiera podido ocurrir una cosa semejante? Tienen que ser otros, a la fuerza.

—Demonios, pues no se me ocurre...

—Allí —señaló Thesia de pronto—. Estoy viendo una cúpula habitable y una nave al otro lado del risco contigo.

Rick masculló algo entre dientes. Thesia manejó la pantalla explotadora y vieron a través de ella a cuatro figuras que corrían hacia el punto donde la nave iba a tomar tierra.

—¿No serán esbirros de Buckeridge, que él envió anticipadamente? —sugirió la muchacha.

—Todo puede ser —admitió él—. En tal caso, mucho me temo que habremos de recurrir a las armas, querida.

—Yo tengo una pistola desintegrante, pero no me agradaría

usarla, Rick.

—Quizá no nos quede otro remedio. ¿Qué otras armas tienes?

Ella se mordió los labios un instante. De pronto, dijo:

—Aguarda un momento, cariño.

Thesia manejó unos controles y la nave se detuvo, quedando suspendida e inmóvil a unos cuarenta metros del suelo. Se levantó y caminó hacia una de las cámaras interiores.

Los cuatro individuos, todos ellos vestidos con trajes de vacío, contemplaban la astronave parada sobre sus cabezas, a la vez que gesticulaban ampliamente. Rick, al mirar a través de la lucerna, divisó maquinaria pesada y no pudo contener una exclamación de cólera.

—Bandidos, me están robando...

Thesia volvió en aquel momento.

—Ya lo tengo, querido —dijo—. Ahora debemos equiparnos para desembarcar.

—¿Un arma nueva? —preguntó Rick.

—En cierto modo, aunque, si fuese necesario, usaría la pistola desintegrante.

—De eso me encargo yo —gruñó Rick belicosamente.

* * *

Media hora más tarde, la nave se posaba en el suelo.

Se abrió la escotilla y Rick desembarcó el primero, a fin de proteger a su esposa de un posible ataque por parte de los que consideraba intrusos. Uno de ellos se adelantó con una mano levantada en señal de paz y se tocó la antena de su casco espacial, como queriendo indicar que deseaba hablar con ellos.

Rick comprendió que aquellos sujetos pensaban que los recién llegados eran seres extraterrestres. En cierto modo, tenían razón, al menos por lo que se refería a Thesia.

—Paz —dijo el sujeto—. Nosotros amigos... no hacer daño...

—¿Cómo que no hacer daño? —bramó Rick, sin poder contener su ira—. ¿Robar lo que pertenece a otro, no es hacer daño, granuja?

Thesia se echó a reír dentro del casco. El asombro de los cuatro sujetos fue enorme.

—Pero, ¿es que son terrestres? —preguntó el primero que había hablado.

—Claro que lo somos —respondió Rick, que juzgó prudente no mencionar el origen de Thesia—. Esta es un nuevo tipo de nave, que he construido yo y... ¿Quién diablos son ustedes?

—Me llamo Hap Duke —se presentó el primero—.

Los otros son Juan Romero, Kit Logan y Charlie McRay.

—Y estamos explotando nuestro yacimiento de *staurum* —declaró Logan sin rodeos.

—Ah, de modo que han encontrado *staurum* —dijo Rick, con moderado acento de curiosidad.

—Sí, es un buen yacimiento —convino Duke—. ¿En qué podemos servirles, amigos?

—Sólo en una cosa, señor Duke. ¿Dónde están los postes con las marcas legales que dejó aquí hace meses un tal Ricardo Miller?

Duke se puso rígido.

—Empiezo a sospechar que usted es Miller —dijo.

—Soy Miller, en efecto, y ella es mi esposa —señaló Rick con la mano a la joven—. Y lo que están haciendo ustedes aquí es, simplemente, robar lo que es de otro.

Duke sonrió.

—El *staurum* es muy valioso, señor Miller —declaró.

—Y ya hemos conseguido un par de toneladas —dijo Romero.

—Pero la veta no da señales de agotarse, así que nos vamos a hacer ricos —añadió McRay.

—Ustedes también pueden ser ricos, si cooperan —manifestó Duke.

—¿Cooperar? —dijo Rick.

—Sí, mostrándose pacíficos y amables y olvidándose de lo que dicen es de su exclusiva propiedad. Hay *staurum* para todos. A menos que lo quieran sólo para ustedes dos.

—El yacimiento está debidamente registrado a mi nombre en la Comisión Minera del Espacio, así que ya pueden cargar los bártulos en su nave y largarse de aquí con viento fresco. Es una frase, por supuesto, pero expresa claramente lo que deseo de ustedes —dijo Rick tajantemente.

Duke y sus compañeros formaron en fila frente a ellos dos. Rick observó que todos ellos iban armados con pistolas de aire comprimido, el arma que comúnmente se usaba en el espacio.

—No sólo no nos vamos a ir, sino que son ustedes los que se marcharán, a menos que prefieran quedarse en el asteroide... ¡para siempre! —contestó Duke con claro acento de amenaza.

* * *

El choque se adivinaba inminente.

Rick comprendió que podría abatir a uno, dos, incluso a tres de los ilegales ocupantes del asteroide, pero el último dispararía su pistola de aire comprimido.

Los trajes de vacío serían perforados. El y Thesia morirían por descompresión instantánea.

Duke captó el efecto de sus palabras y se echó a reír.

—Sí, estamos aquí ilegalmente... y entraremos de contrabando el *staurum*, pero, ¿quién lo va a saber? —dijo.

—Este es un caso clarísimo de parasitismo —dijo la muchacha.

—Invasión de propiedad ajena, está mejor dicho —puntualizó Rick.

—Las oficinas de la C.M.E. están muy lejos. Antes de que una patrulla llegue aquí a investigar, nosotros estaríamos ya lejos. Les sugiero un arreglo amistoso o una retirada honrosa y con vida.

La mano de Duke palmeaba al hablar la culata de su pistola. Los otros parecían igualmente resueltos a usar sus armas.

—Nada de eso —dijo Thesia repentinamente—. Ustedes se van a ir ahora de aquí. Como obsequio y en señal de buena voluntad, les dejaremos que se lleven el mineral extraído, pero nada más.

—Ya lo han oído; ella ha decidido —corroboró Rick, en apoyo de las palabras de su esposa.

Duke se echó a reír.

—Ustedes no están en condiciones de amenazar —dijo, a la vez que sacaba su pistola—. Vamos, márchense inmediatamente o empezaremos a tiros con los dos.

—Lo dudo mucho —contestó Thesia, con la mano apoyada en determinado punto de su cinturón.

El brazo de Duke bajó de pronto.

—¡Eh! ¿Qué diablos ocurre? ¡Esta pistola pesa una tonelada! —gritó.

Las rodillas se le doblaron, como si se sintiera abrumado por un peso enorme. A los otros tres les sucedió algo parecido; estaban ladeados hacia la derecha, que era donde llevaban las armas, pero también se les doblaban sus piernas.

—No puedo... me ahogo... —jadeó Duke.

—Suelten las armas —ordenó Thesia imperativamente—. Hasta ahora, sólo he lanzado sobre ustedes tres gravedades; pero puedo situarles bajo la acción de una fuerza veinte veces superior a la gravedad terrestre. Morirían aplastados irremisiblemente, ¿lo entienden?

La pistola de Duke cayó al suelo. Rick estaba asombrado; jamás había visto nada semejante.

Los otros tres soltaron igualmente sus armas. Thesia alivió algo la acción de la gravedad que pesaba sobre ellos, dejándola en una doble gravedad, lo que les hacía sentirse como si llevaran a otro individuo cargado sobre los hombros.

—Y ahora, márchense.

—Espera, cariño —dijo Rick, a la vez que extendía una mano

—. Antes de que se vayan, quiero averiguar una cosa.

—¿De qué se trata, Rick?

—¿Puedes mantenerlos así un rato? —consultó él.

—Todo el tiempo que desee, querido.

—¿Qué intensidad tiene la gravedad a que ahora están sometidos?

—Doble de lo normal, Rick.

El joven observó a los intrusos.

—Se pueden mover, de todas formas —dijo—. Échales encima el triple de lo normal y quédate vigilándolos. Voy a ver si corroboro algo que se me ha ocurrido.

—Puedo acompañarte —sugirió Thesia—. Mi intensificador gravitatorio tiene un radio de acción de hasta cinco kilómetros.

—Maravilloso aparatito —sonrió Rick—. Anda, vamos.

Una hora más tarde, las sospechas del joven quedaban confirmadas.

Y otros sesenta minutos más tarde, Duke y sus compinches levantaban el campo.

* * *

—Naturalmente, les he dejado ir sin radio, para que no avisen a Buckeridge —dijo Rick, cuando vio que la nave de los intrusos se perdía en el espacio—. Y, por supuesto, el *staurum* se ha quedado aquí.

—A su forma de marcharse, vosotros le llamáis irse con el rabo entre piernas —sonrió la muchacha.

—Exactamente. Esos tipos eran unos vulgares ladrones de minerales del espacio. Van por aquí y allá, enterándose dónde hay yacimientos que merezcan la pena y, cuando sus dueños se hallan momentáneamente ausentes, se aprovechan para robarles unas toneladas del mineral que sea y contrabandearlo después.

—Pero tú has mencionado a Buckeridge...

—Buckeridge conoce a un montón de gente, para los que la palabra honradez no tiene significado alguno —contestó él—. Por lo que he encontrado a bordo de su nave, Buckeridge los contrató para que viniesen aquí. El *staurum* conseguido, se repartiría al cincuenta por ciento. Naturalmente, Buckeridge proporcionaba todos los medios: una astronave, víveres, suministros, esa cúpula que les servía de habitáculo... Para Duke y sus compinches el trato no podía ser más favorable.

—Y les has quitado la radio.

—Sólo se la he roto a martillazos —sonrió Rick—. No voy a permitir que avisen a Buckeridge de nuestra presencia en el asteroide.

—Entiendo. Rick, empiezo a creer que incluso nosotros podemos aprovecharnos de la cúpula que ellos usaban como alojamiento.

—Puedes hacerlo, pero tendrás que usar la escoba con prodigalidad —rió él—. En mi vida he visto gente más enemiga de la higiene.

Thesia se echó a reír.

—Creo que debiéramos empezar el trabajo cuanto antes —sugirió.

—Sí, pero, aguarda un momento. ¿Cómo has dicho que se llama ese aparatito que casi desriñona a los ladrones.

—Intensificador gravitatorio —contestó ella—. Según su acción, puede dejar a una persona sin peso o hacerle que se sienta como si pesara veinte veces más. Además, es orientable y, por supuesto, el que lo maneja, puede eludir sus efectos, si le conviene.

—Un «hurra» para el inventor de ese trasto —exclamó Rick—. Y otro para tu ingenio, que nos ha servido para solucionar una situación que amenazaba tornarse nada cómoda.

—Preferí recurrir a métodos convincentes, sin necesidad de llegar a extremos desagradables —dijo Thesia llanamente.

* * *

La perforadora actuaba incesantemente. El *staurum* salía a la

superficie en estado nativo, puro, brillante, con reflejos deslumbradores. Thesia se sentía arrobada cada vez que la máquina depositaba en el suelo un bloque del metal, pulido y liso como si acabara de salir de la moldeadora.

Rick había adquirido el último modelo de perforadora, la que tenía incorporada una sierra para metales, que daba forma idéntica a todos los bloques. Lenta e incesantemente, se alzaba en el suelo una pequeña muralla de metal casi blanquecino, que, en ocasiones, según reflejaba los rayos del sol, situado a trescientos setenta millones de kilómetros de distancia, tomaba unas tonalidades de un suave color dorado rojo, de fascinante contemplación.

—Cuando vuelva a Qunuus con un cargamento de ese metal, no me van a creer —dijo Thesia cierto día.

Había extraído ya una veintena de toneladas y la veta no parecía tener fin. Los ladrillos medían sesenta centímetros de largo, por treinta de grueso y otros tanto de anchura.

—¿Crees que resolverás todos los problemas con una explotación a fondo de la veta? —preguntó Thesia, cuando ya llevaban dos largas semanas en el asteroide.

En aquellos momentos, se hallaban descansando en el interior de la cúpula que Duke y sus compinches se habían visto obligados a abandonar. Era un buen alojamiento, cuando se cuidaba y atendía en debida forma, cosa que no habían hecho los contrabandistas.

—Espero que sí —contestó él—. El *staurum*, una palabra que, compuesta de otras dos, quiere significar oro de las estrellas, es un derivado del oro corriente. Ello es debido a la acción de las fuerzas plutónicas que, en determinado momento, actuaron sobre el oro con una intensidad de gravedad, presión y temperatura determinadas, alterando, en cierto modo, su estructura.

»Así, mientras el oro corriente tiene una densidad de 19,32 con respecto al agua y un peso atómico de 197,2, el *staurum* es mucho más duro y su peso atómico también es superior: 23,9 y 202,3, respectivamente. Ello le confiere unas cualidades poco comunes, y ya no hablo de joyería precisamente, sino en la construcción de determinadas máquinas, de gran rendimiento, pero en las que se necesita un indudable alivio de peso. Empleando el *staurum*; se ahorra un setenta u ochenta por ciento del hierro normal, pero en volumen, se necesita muchísimo menos. Donde se usa, por ejemplo, una plancha de acero de dos centímetros de grueso, basta un milímetro de espesor

cuando se emplea *staurum*. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, desde luego. Pero eso no es todo, creo —dijo Thesia.

—No, no es todo —convino Rick—. Porque lo ocurrido me ha hecho meditar bastante y no quiero ser como Buckeridge, que pretende el monopolio del *staurum*, para fijar los precios a su capricho. Por supuesto, hay *staurum* en otros asteroides, pero no creo que exista un yacimiento como el mío. No pretendo derrumbar los precios, naturalmente; sí sólo quiero que el *staurum* pueda estar, a partir de ahora, mucho más asequible.

—Esa sí es una buena idea, Rick —aprobó ella, con ojos brillantes—. Pero algo dejarás para mí... porque, si lo recuerdas, yo vine a invadir tu planeta, aunque equivocadamente, para conseguir el *ultraenergium*, entre otras cosas. Y, mira qué casualidad, el U.E. y el *staurum* son una misma cosa.

—Todo es cuestión del nombre que se le aplique —dijo Rick de buen humor—. No obstante, nunca me hubiera imaginado que el *staurum* acabase siendo utilizado como vulgar carbón.

—Eso depende del procedimiento que nosotros empleamos. La isotopía del *staurum* con respecto al oro normal, es lo que le convierte para nuestros generadores en un combustible de gran potencia. Y, no te preocupes, en Qunuus te pagarán bien el U.E. que les llesves.

—Nos lo pagarán, cariño —rectificó él.

—Sí, pero no entregaremos un solo gramo, mientras no estemos seguros de que no lo van a emplear como explosivo en las cabezas detonantes de torpedos espaciales, que es para lo que lo quiere Fahjor.

—Me gustaría saber cómo se consigue eso —dijo Rick.

—Bien, si se acelera el proceso de combustión, es decir, se altera su estabilidad atómica, entonces...

Thesia no pudo continuar. Delante de ellos, empezó a centellear una lamparita, situada en una caja, que la muchacha había traído de su nave.

—Rick —dijo Thesia de pronto, con el rostro lleno de sombras —, estoy por asegurar que Buckeridge se encuentra ya cerca del asteroide.

Thesia entregó al joven una pieza redonda, del tamaño de una moneda corriente.

—Se adhiere al casco —indicó—. Es un aislante de ondas de radio; de este modo, si lo deseamos, podemos conversar sin que nadie se entere de lo que hablamos.

—No olvides detalle —dijo él, admirado.

—Me enviaron a invadir la Tierra, Rick —contestó Thesia—. Bueno, un planeta de nombre muy parecido. Naturalmente, debía viajar bien provista de elementos que...

Rick extendió la mano.

—Ahí llegan —exclamó de pronto.

La nave aterrizaba lentamente a corta distancia del campamento. En su interior, Buckeridge vio la pared de ladrillos de *staurum* y lanzó un grito de alegría:

—¡Han hecho una buena labor! Yo sabía bien a quién contrataba, cuando envié a esos tipos por delante.

—Eso que estamos viendo es una fortuna —dijo Dorado, con los ojos tan relucientes como el metal que se divisaba desde la lucerna.

Momentos después, la nave se posaba en el suelo. Buckeridge, Dorado, el doctor Londers y otro sujeto, empezaron a ponerse los trajes espaciales.

Buckeridge se llevó a Dorado a un extremo de la cámara.

—Vamos a bajar a tierra —murmuró, ya con el casco espacial en las manos—. En cuanto tengas ocasión, quítame de en medio a Duke y a su plantilla.

Dorado miró fijamente a su jefe.

«Y luego, en cuanto tengas ocasión, tú harás lo mismo con nosotros o no te conozco bien», pensó.

—Sí, señor —contestó con voz neutra.

El doctor Londers dijo de pronto que no quería desembarcar.

—Tengo alergia al espacio —dijo.

—Entonces, ¿por qué diablos le he traído yo? —preguntó Buckeridge de mal talante.

—Para cuidar de su hígado —respondió el médico sin pestañear—. Pero, cuando se sienta mal, tendrá que volver a la nave y yo le estaré aguardando.

Buckeridge se frotó maquinalmente el costado derecho.

—Bueno, como quiera —se encogió de hombros.

Buckeridge y los otros dos desembarcaron momentos más tarde.

—Ten cuidado —murmuró Thesia, empleando la onda privada—. Capto pensamientos hostiles.

—¿De veras? ¿Puedes adivinar lo que piensan?

—No, porque mis facultades telepáticas no llegan a tanto. Pero siento cierta excitación en el cerebro y la experiencia me ha hecho saber que eso sólo me ocurre cuando alguien piensa hacerme daño.

—Estaremos prevenidos —contestó Rick.

Los tres recién llegados se acercaron a ellos.

—Hola, Duke, ¿cómo marchan las cosas? —saludó Buckeridge con fingida jovialidad.

Dorado se apartó ligeramente. Rick no dejó de observar el gesto.

—No soy Duke —contestó—. Mi nombre es Rick Miller.

Buckeridge se quedó atónito.

—¡Imposible! —gritó—. Miller y su mujer están muertos.

—¿De veras lo cree así? —preguntó ella.

La voz de Thesia sonaba inconfundible en los auriculares.

Buckeridge se tambaleó.

—Entonces, hemos llegado tarde... —balbució.

—Sí —confirmó Rick sin pestañear.

—Pero, ¿cómo es posible tal cosa? —gritó el sujeto—. No hay nave más rápida...

—Ese ha sido su error, Buckeridge —dijo Rick fríamente—. Hay, en efecto, una nave más rápida que la mía... que la que usted me robó descaradamente.

—Usted firmó unos contratos.

—Y el doctor Londers, seguramente, le aclaró el significado de las iniciales C.F. Por eso envió un espaciograma a Truxner, para que me eliminasen por lo menos a mí. Pero yo pude capturar a uno de mis atacantes y lo convencí para que dijese a Truxner que me había matado. Truxner, naturalmente, se lo comunicó a usted... aunque si le dijo que Thesia había muerto también, fue por no confesar un segundo error, como el cometido cuando le obligué a venderme el combustible. Usted no se lo perdonaría, ¿verdad?

—No se lo perdonaré —dijo Buckeridge rabiosamente—. En cuanto regrese a la Tierra...

—Ese ya será un problema que habrán de resolver los dos —contestó Rick con acento indiferente—. Pero aquí en el asteroide, no tiene nada que hacer... y, naturalmente, sus propósitos de monopolizar la extracción y el comercio de *staurum* se han ido al diablo.

Buckeridge inspiró profundamente.

—¿Lo cree usted así? —preguntó.

—Sí —dijo Rick con rotundo acento—. Monopolizar el *staurum* en la Tierra y fuera de la Tierra. ¿A cómo le pagaba Fahjor el gramo?

Buckeridge se puso lívido.

—¡Lo sabe también! —rugió.

—Claro que lo sé. Mejor dicho, me lo imagino —sonrió Rick—. De otro modo, ¿cómo se comprende que un sujeto como usted callara la existencia de unos extraterrestres, si no era para conseguir un provecho desorbitado a costa de ellos? Y Fahjor necesitaba desesperadamente el *staurum*, pero Truxner cometió un gran error al estafar a Thesia y entregarle unos pedazos de plomo, embadurnados con una ligerísima capa de *staurum*. Parece que estos dos hechos no hayan de tener relación entre sí, pero la tienen, desde luego. Por ello he llegado a las conclusiones que ya he expresado: usted sabía dónde

conseguir el U.E., al que nosotros llamamos *staurum*, y Fahjor tenía dinero en cantidades prácticamente ilimitadas.

—Es fácil duplicar con nuestras máquinas la moneda terrestre —dijo Thesia—. Ello nos permite disponer de sumas enormes sin el menor esfuerzo.

Los ojos de Buckeridge miraban desorbitados a la pareja.

—El yacimiento no será suyo —declaró Rick—. Lleve el asunto a los tribunales; le costará mucho demostrar que yo firmé libremente los contratos. Y, ¿quién se creería que yo vendía por quince millones lo que vale dos o tres mil millones?

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Buckeridge lanzó un aullido:

—¡Benny, mátalos! ¡A los dos!

La pistola de Dorado hizo un disparo.

En circunstancias corrientes, la bala habría causado sólo lesiones a Buckeridge. Allí, en la desolada superficie de un asteroide sin atmósfera, el aire contenido en el traje de vacío se escapó instantáneamente por el orificio.

Buckeridge lanzó un horrendo grito que se apagó casi en el acto. Se inclinó a un lado, pataleando frenéticamente, pero sus movimientos cesaron unos instantes más tarde.

Thesia no fue remisa en el actuar. Su intensificador gravitatorio entró en funciones y cinco gravedades aplastaron contra el suelo a Dorado y al otro esbirro.

Rick se acercó a ellos y los desarmó.

—Suéltalos, Thesia —ordenó.

La muchacha cortó la acción del intensificador. Dorado y el otro se levantaron, jadeantes y sin aliento.

—¿Qué... qué diablos nos han hecho? —preguntó Dorado.

—No es hora de dar explicaciones, sino de pedir las —contestó Rick secamente—. ¿Por qué ha matado a Buckeridge?

—Él me ordenó que liquidase a Duke y a los otros. Luego nos habría matado a los dos.

—Entiendo —dijo—. Pero usted hubiera disparado luego contra mi esposa y contra mí.

Dorado se encogió de hombros.

—No lo he hecho —respondió simplemente.

Rick meditó unos instantes. Luego, de pronto, señaló la nave.

—Váyanse —ordenó.

Dorado y el otro dieron media vuelta. De repente, vieron que la nave alzaba el vuelo.

—¡Eh, se escapa! —chillaron los dos rufianes a la vez.

—¿Quién está a bordo? —preguntó Rick.

—El doctor Londers... pero no sabe manejar el cacharro.

La astronave ascendía con gradual rapidez. De pronto, se divisó otro aparato que se acercaba al asteroide.

—¡Mira, Rick! —gritó Thesia—, Fahjor y los suyos han conseguido reparar su astronave.

—¡Van a chocar! —exclamó Dorado con acento de terror.

La impericia de Londers produjo la catástrofe. El choque no fue frontal, sino lateral, aunque con gran violencia.

Las dos naves perdieron el equilibrio y dieron varias volteretas en el espacio. Luego, con cierta lentitud, empezaron a caer hacia el asteroide.

El doble impacto hizo trepidar el suelo. No se produjo ninguna explosión, aunque Rick supuso que sólo con el primer choque ya no podían haber quedado supervivientes.

Lo comprobaron minutos más tarde. Londers, Fahjor y los demás aparecieron, horriblemente destrozados, entre los restos de las naves.

—Muerto Fahjor, el partido belicista sufrirá un duro golpe, del que le resultará difícil reponerse —auguró Thesia.

A Rick, de momento, le preocupaba otro problema.

—Dorado, usted y su amigo no han sido lo que se dice hasta ahora unas personas decentes —dijo.

El sujeto se encogió de hombros.

—La vida —contestó.

—Quizá ahora piense que le conviene cambiar de... «trabajo». Debo reconocer que, si bien pensaba en usted mismo, me hizo un gran favor al matar a Buckeridge.

—No me arrepiento, señor: él pensaba liquidarnos luego a los dos.

—Era demasiado ambicioso —calificó Rick—. Bien, ¿qué opinan ambos de un empleo honrado? Por supuesto, con un buen sueldo.

Dorado y el otro cambiaron una mirada de inteligencia.

—Aceptamos —contestaron a dúo.

—Si intentan jugarnos una mala pasada, mi esposa les lanzará encima treinta gravedades. Imagínense lo que les sucederá.

—Nos portaremos bien —aseguró Dorado.

—En ese caso, su primer trabajo consistirá en enterrar a los muertos. Luego... ya hablaremos.

Dorado y el otro se alejaron sin rechistar, Rick y Thesia se quedaron solos.

—Cuando estemos bajo la cúpula, te daré un abrazo —prometió él.

—Me parece mentira haber llegado al final —suspiró la muchacha.

—¿Cómo al final? ¡Ahora es cuando empezamos a vivir tranquilos, querida! —exclamó Rick.

—Sí, creo que tienes razón. —Thesia hizo una corta pausa y añadió—: Rick, ¿qué hablaste de una tienda de productos terrestres en la capital de Qunuus?

El joven se echó a reír.

—Cariño, en tal caso, me parece que los invasores resultarán ser invadidos —dijo.

—Una invasión pacífica y amistosa —dijo ella.

—Son las que no fracasan jamás —afirmó Rick.

FIN

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

*Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la*

"CIENCIA-FICCION"
la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain